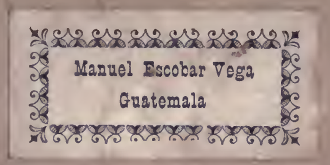


POESÍAS

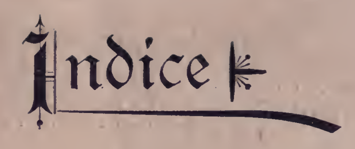
DE

JUAN DIÉGUEZ OLAVERRI

(GUATEMALTECO)



GUATEMALA:
Tipografía y Encuadernación Nacional, Décima Calle Poniente Números 29 y 31.
1893



Páginas.



RASGOS BIOGRÁFICOS.

El día 26 de noviembre de 1813 nació don Juan Diéguez Olaverri, en la ciudad de Guatemala, capital de la República del mismo nombre.

Su padre fué don José Domingo Diéguez, distinguido jurisconsulto y literato.

Su madre, doña María Josefa Olaverri, señora de alma tiernísima y corazón de artista.

La providencia quiso reflejar en el alma del niño, las dotes de sus progenitores. Y con este caudal de belleza, y la brillante instrucción que poseyó, pudo ser un hombre útil en el foro y en la literatura nacional.

Hizo sus primeros estudios en el colegio Seminario, el mejor plantel para la instrucción preliminar.

Pasó después á la pontificia Universidad de San Carlos, á cursar Filosofía. Y al lado de su ilustre padre, estudió humanidades.

En la Academia de Estudios, profundizó el Derecho Civil y Canónico.

En 1836, obtuvo el título de Abogado; y en julio de 1842, á propuesta de la Suprema Corte de Justicia, fué nombrado Juez de 1ª Instancia en el departamento de Sacatepéquez.

Dos años más tarde, desempeñaba el Juzgado de 1ª Instancia en la capital de la República.

El espíritu de progreso por su pueblo, y el carácter soñador propio de la juventud, le hicieron esperar la reforma del Gobierno, mediante una conspiración, que fracasó ....

El fruto de esos trabajos, fué: la prisión en Guatemala, y el destierro á Chiapas.

En la República Mejicana se incorporó y trabajó con lucimiento en su profesión.

Allí encontró el premio de sus dilatados días de dolor y desventura. Allí vió realizarse sus sueños y sus esperanzas. Allí encontró la digna compañera de su vida, la señorita doña Dominga Almendáriz, con quien contrajo matrimonio.

En los trabajos del foro halló éxito y remuneración; y no se olvidó por ésto de las bellas letras. Escribía prosa, para "El Noticioso;" y versos, para "El Museo Guatemalteco," (periódico editado en Guatemala, y en el cual se leen las mejores composiciones de Diéguez.)

Vuelto á su patria en 1860, se instaló en la Antigua Guatemala, donde ejerció su carrera con brillantez. De esa época es la célebre defensa de M. Flores, documento notable de literatura jurídica.

Fué Presidente de la Academia de Derecho teórico-práctico, cargo que desempeñó con la solicitud que le caracterizaba.

A partir de este período, el genio del poeta fué más tranquilo y contemplativo.

Vivía en la poesía, pero sin escribirla ya.

Su salud fué perdiendo terreno, y el día 28 de junio de 1866, murió, como muere un hombre honrado y querido.

Dejando cariño en los corazones de sus conciudadanos, y un tesoro de poesía para su adorada Patria.

Sus restos fueron sepultados en el cementerio de San Juan de Dios; y su mausoleo, cubierto con una lápida que obsequió la Junta del Colegio de Abogados, con la siguiente inscripción:

EL COLEGIO DE ABOGADOS,

al Presidente de la Academia de Derecho Teórico-Práctico,

LICENCIADO DON JUAN DIÉGUEZ.

Guatemala, Junio 28 de 1866.

R. Y. P.

Las poesías de Diéguez son notables por su originalidad, por su naturalismo y sentimiento. Son obras de verdadero artista, donde se encuentran bellezas y primores.

Sus composiciones son flores guatemaltecas, con ese perfume suave, delicioso y embriagador, propio de las flores americanas.

En el presente volumen no aparecen todas las poesías del autor, por ser tan difícil conseguirlas. Quizá más tarde pueda formarse completo el libro, con todas las páginas del poeta.

Guatemala, 1893.

TREINTA Y NUEVE AÑOS.

¿Qué te pide el poeta
Di, Apolo, qué te pide?
Trad. de M.

Si de tu fàz las rosas
Darme, Apolo, pudieras,
Y á mis ojos prestáran
Los tuyos sus centellas;

Y sus sedosos rizos,
Tu blonda cabellera,
A mi frente marcada
Del tiempo por la huella:

Eso te pediría
Tan solamente el poeta,
En numerosos himnos,
En dolientes endechas.

Pero ya que el imperio
No partes, de Juvencia,
Ni á la hora fugitiva
En su vuelo sujetas;

Ni la lira hacer puede
Que el abismo devuelva
Las flores que devora
Los goces que se lleva:

Toma, toma tu lira,
Que aunque ablandara peñas
¿Qué me importa su acento,
Si ya no atrae á Lesbia?

Toma, Apolo tus lauros;
Que si rigor tú dieras,
Rizos para mi frente
Tan solo te pidiera.

A LA INDEPENDENCIA.

ODA.

Dirae ferro et compájibus arctis Claudentur belli portae: Furor impíus intustus, saeva sedens super arma et centun vinctus ahenis postergun nodis, fremet horridus ore cruento.

VIRG. END. L. I.

¿Cómo el varón famoso,
que los troyanos restos conducía
por un mar proceloso,
esperanza tenía
de en el Lacio fundar pueblo grandioso?

Por la celeste influencia
de irritada deidad inexhorable,
subleva con violencia
Eolo formidable,
las ondas, del abismo á la eminencia.

El día se oscurece:
truena el cielo: la mar brama iracunda,
rebelde se enfurece,
ya la nao se inunda,
y al fondo de las aguas. desparece.

Los remos destrozados,
y las velas, se ignora qué se han hecho;
abiertos los costados
del navío deshecho:
el ánimo y vigor aniquilados;

I turbada la gente,
lívida, faz á faz mira la muerte:
su soplo helado siente;
y el débil con el fuerte
se igualan, el cobarde y el valiente.

Del mar en el bramido,
y en el estruendo ronco de los vientos
se pierde el alarido
y míseros lamentos
del náufrago angustiado y afligido.

¡Ni un rayo de consuelo!
Se estremece y suspira el héroe mismo:
las manos alza al cielo;
y á vista del abismo
le pesa haber dejado el patrio suelo.

¿Quién entonces creería
que de la hundida nave aquella gente,
por acaso, salvaría
y preciosa simiente
de la reina del orbe al fin sería?

De la frágil barquilla
tal el destino portentoso fuera:
como el de la semilla
que la nuez contuviera,
y arrastra la corriente hacia la orilla.

Después de haber flotado
á merced de las olas de algún río,
en recodo apartado,
sobre el bosque sombrío
llega á reinar nogal ajigantado.

....

La patria nave ahora
así por tempestades combatida,
quebrantada la prora,
parece sumergida;
que horroroso abismo la devora:

En el golpe ajitado
de feroces pasiones infernales
fluctúa despreciado
entre escollos fatales
el timón de la ley abandonado.

En noche borrascosa
de crimen é ignorancia gime el Centro:
disención horrorosa,
por donde quiera encuentro;
como el rayo de Dios truena espantosa.

Inerte ciudadano,
cobarde ante el peligro desfallece:
el egoísmo insano
vilmente te adormece
en criminal letargo, en ocio vano.

¿Y quién oh ¡Patria mía!
quién el mortal será que entonar pueda
en tu grandioso día,
sus himnos en voz leda,
himno de libertad y de alegría?

Tristísimos lamentos,
voz de dolor y canto de jemido,
son los propios acentos
del náufrago perdido
en los desenfrenados elementos.

La tempestad es mucha;
pero la sociedad jamás perece;
testigo Albión, que lucha
tres siglos, desfallece,
y sus votos el cielo, al fin escucha.

Vendrá, vendrá, lo espero,
para la Patria el día suspirado,
en que su sacro fuero
deba ser acatado,
y salva sea del naufragio fiero.

Si oye mi ardiente ruego
aquel que de los tiempos en su mano
tiene el hilo, muy luego
el canto americano
arderá de civismo en puro fuego.

A indómita anarquía,
enfrenará la Ley: el Patriotismo,
combatirá en su impía
inercia al egoísmo:
Libertad á trifauce Tiranía.

La dulce luz del cielo
de la Razón la antorcha esplendorosa,
harán correr el velo
de noche tenebrosa,
noche de perdición, crimen y duelo.

A la luz de esa téa
los náufragos residuos se reúnan:
uno al otro se vea:
se reconozcan, se unan
en lazo que otra vez roto no séa.

Diestros y vigorosos
serán, para evitar si están unidos,
escollos peligrosos,
al gran mástil asidos
que les da Independencia, venturosos.

Unión é Independencia,
eterna unión de todos cinco hermanos:
á la ley de ferencia,
¡ Oh, centro-americanos,
salvarán nuestra frágil existencia.

Domeñaréis la ola,
si bogais en la tabla más segura
de independencia sola,
siguiende la luz pura
que de la diosa Temis da la aureola:

Su brillo refuljente,
de la sombra al travez, que el cielo enluta,
sea constantemente
el norte en vuestra ruta;
y la ley vuestra brújula eminente.

Valor, conciudadanos,
constancia, desición, ánimo fuerte!
El cielo en sus árcanos
quizá más feliz suerte
nos dé que á los demás americanos.

Entre el Ande eminente
y el Anáhuac altivo y majestuoso,
alzaráse la frente,
el semblante radioso
de la joven Nación resplandeciente.

Los brazos extendidos
entre uno y otro mar, al Occidente,
y á los desconocidos
países del rico Oriente,
juntará los dos orbes divididos.

Y al chino y al hispano,
y al que habita del Ganges la rivera
dará una y otra mano,
cual hada ó hechicera
que á lo próximo junta lo lejano.

Suyos serán los dones
y la gloria, y riquezas, y cultura
que en las varias regiones
distribuyó Natura,
y el emporio será de las naciones.

Y gloria y bienes tantos,
bardo más venturoso, Patria amada,
celebrará en sus cantos,
en voz más acordada,
no interrumpida por dolientes llantos.

EL AMANTE DE LA NATURALEZA.

Pues que víctima he sido
Del destino más rudo,
Y protervia hincó en mí su diente agudo,
Y triste el corazón, pálido y yerto,
De fúnebre sudario fué cubierto;

Viene á tí la alma mía,
Viene á tu amante seno,
De amor, de dicha y de hermosura lleno,
¡Oh bella, sin rival, Naturaleza!
A olvidar de sus males la fiereza:

Qué eres tu para mi alma,
En sus crudos dolores,
La *Ninfa de los últimos amores*,
Que encanta con celeste melodía
El sombrío terror de la agonía.

De amor tus blancas tocas
Llevé á mi seno herido,
Blancas cual de tus cisnes el vestido,
Cual pecho encantador de tus sirenas,
Emulas de tus cisnes y azucenas:

En bálsamo embebidas,
Y en llanto de la aurora,
Que en tus fragantes campos se atesora;
Yo tus tocas de amor puse en mi pecho,
Y fué en suspiros su dolor deshecho:

Yo las llevé á mis ojos
Y á mi abrasada frente,
Y el llanto brotó entonces dulcemente,
Y la fiebre apagó del alma mía,
Que vida y corazón se consumía.

Frívolo niño me hice,
Y bebí sin mesura
El néctar de tu amor, bella Natura,
Y abdiqué el pensamiento, esa diadema,
Que al Rey de la creación la frente quema:

Y yo vagué cual niño
Por valles y collados:
Detrás las mariposas de tus prados
Como niño corrí, y dentro el monte
Tras los tiernos polluelos del cenzontle. (1)

Y á veces por laderas,
Por barrancos y cerros,
Acompañado de mis leales perros,
O bien siguiendo á la medrosa gama,
O ardilla que se vá de rama en rama;

(1)—Cenzontli ó Cenzonte: pájaro de tan dulce canto, que puede llamarse el ruiseñor de América.

Como niño he gustado
De la miel de la aveja,
Que hallé en el tronco de la encina vieja,
Y panal conquistado á las avispas
Con el humo, las llamas y las chispas;

Que no es néctar libado
Por pérfidos amores,
En hechiceras venenosas flores,
El néctar del panal y la colmena,
Ni el labio que le chupa se envenena.

A tus fuentes y arroyos
También bajé mil veces;
Y á los plateados inocentes peces,
Que habitan el cristal de la onda pura,
Llevé desolación y muerte dura;

Y sus postreras ansias
Recojí entre mis manos.
Siempre crueles los hombres y tiranos
Con la inerme inocencia, aún los que siendo
Víctimas de tiranos van huyendo!

Cual divertido niño,
Al borde del torrente,
Guijarros mil lanzaba á la corriente,
Que mil plateados círculos formaba,
Y al peñasco y á mí nos salpicaba.

Y con extraño ruido
Les devoraba en lo hondo
Tal como al tiempo, eternidad sin fondo,
Como al frájil mortal que se derrumba
En los negros abismos de la tumba.

En la arenosa playa
Como niño he jugado
Con la menuda arena en que estampado
La paloma dejó su piececillo,
Y el surco de su huella el gusanillo.

Y allí sobre la arena
Osó escribir mi dedo
Un nombre que olvidar ¡ay, Dios! no puedo
Grabado aquí en mi pecho en hora aciaga,
Tal como estigma de sangrienta llaga.

¡Cuantas veces mi frente
A la linfa espumosa
Entregué, de corriente estrepitosa,
Que en arjentadas masas se despeña,
Jentil saltando de una en otra peña.

Y del genio de la onda,
Usurpando el derecho,
Osé invadir el cristalino lecho,
Gozándome en la bella catarata,
Bajo su velo de luciente plata.

Otras veces me plugo
Beber en la montaña
La agua que guarda próvida la caña,
O el peñazco reserva para el ave,
O la lluvia que junta la ancha agave. (1)

De la flor en el cáliz
Deleitó el labio mío
La gota diamantina de rocío,
Cual la felicidad, resbaladiza,
Que apenas se la toca se desliza;

Cual la virgen amante
Pura, trémula y bella;
Cual la del alba refulgente estrella,
Cual lágrima de amor que hermosa brilla
Cuajada por amor en la mejilla.

Y después, como al pecho
De virgen inocente,
Oprime dulcemente
La rósea Pubertad,
Con los ensueños vagos
De ardiente fantasía,
Y la melancolía
Que realiza la verdad;

(1)—Agave: nombre botánico del Maguey ó Pulque.

Así de tus amores,
La inspiración divina,
El alma me fascina,
Me oprime el corazón;
Y presa la alma entónces
La plugo el triste canto
Y exhalar en el llanto
La profunda emoción.

Y lloré en el laud de la tristeza,
Mis lágrimas cojió límpida fuente:
Suspiré con la brisa tiernamente
Del solitario monte en la aspereza.

Sentado entre la lóbrega quebrada
Respondí con la voz de mi jemido
Al monótono canto dolorido
De lúgubre *espumuy* desconsolada. (1)

Á la margen canté de la laguna
De su cándida garza la inocencia,
Y á orillas del arroyo la violencia
Que nos urje á él y á mí desde la cuna:

Desde el umbral de mi infeliz cabaña,
Y á la pálida luna de verano,
Oyendo el *cuerpo ruin* dolerse envano (2)
Con mi triste canción le hice compaña.

(1)—Espumuy: paloma silvestre, llamada así en el país por onomatopeya, pues el nombre parece el sonido de su canto.

(2)—Cuerpo ruin: pájaro cuyo canto, pare la voz con que se denomina.

He cantado las vastas soledades,
Los silenciosos páramos desiertos,
Para el alma sensible nunca muertos,
Para la mía, mudos de beldades.

Canté de esos desiertos las bellezas,
Las flores por el céfiro obsequiadas,
Puras, como de Dios fueron formadas;
Y de Dios alabé tantas grandezas.

Canté al añoso bosque, en grave tono,
De verdura y de siglos coronado,
De sombras y de bichos habitado,
Que al Silencio elevó sublime trono.

Allí en el reino del silencio umbrío,
De salvaje montaña á la presencia,
Se postró, ante invisible Omnipotencia,
El pavoroso pensamiento mío.

Pobre cantor de cisnes peregrinos,
De selváticas flores y de fuentes,
De páramos y bosques eminentes,
De sonoros arroyos cristalinos;

Lágrimas para mí la lira fuera,
Lágrimas la belleza de las flores,
Lágrimas el desierto y sus amores,
Lágrimas tus encantos donde quiera.

¡Oh siempre yo te amé, Naturaleza,
Y á tu divino autor en tí yo adoro!
Abre á mi corazón todo el tesoro
De poesía, de amor y de belleza:

Desenvuelve para mí tu bello seno,
Y enajénese en él tu triste amante:
De tus campos el bálsamo fragante
Vierte en mi corazón de heridas lleno;

Dame de tus desiertos la armonía,
Que haga dignos de tí mis rudos cantos;
Y loaré tu beldad y tus encantos,
Que dan vida á mi muerta fantasía.

Tus hondas soledades yo te pido
De silenciosa i lóbrega espesura,
Que á memorias de triste desventura
Devoren en los antros del olvido.

A MI HIJA MARÍA.

MUERTA AL NACER.

Llévase Dios la lis de la inocencia
A sus verjeles de eternal contento,
Para que el mundo no aje con su aliento
Capullo virginal de blanda esencia.

Tierno botón cerrado á la existencia,
Solo abierto en el alto firmamento;
Del bóreas de este valle de tormento
Ya le libró Divina Omnipotencia.

Flor celestial de mi infeliz ternura,
¿Qué podía ofrecerte el desterrado
Sino el riego letal de su amargura?
Déjale, pues, en lágrimas bañado,
Y en las praderas de inmortal ventura
Gózate tú en un Sol nunca eclipsado.

A DON J. A.

Dime José que los verjeles cante
Que la flor del albérchico hermosea,
O la mies que en los surcos balancea
Al blando aliento de la brisa amante.

Dame á cantar la humilde flor del prado,
O la mansa corriente que lo baña,
Y que hundiéndose al pié de esa montaña
Torna luego á surgir del otro lado.

Que mi lira talvez tiene armonía
Para mansos arroyos cristalinos,
Talvez para llorar tristes destinos
De flor que el Alba abrió y agostó el día.

Más cómo juzgas que el excelso cedro
Del Líbano de Dios cantar pudiera,
A ése piloto que borrasca fiera
Va conjurando en el bajel de Pedro?

¿No le ves de relámpagos cercado
Impávido arrostrar el rudo embate,
Tan fúljido de gloria en el combate
Frisando con la muerte lado á lado?

¡Oh la vida de Cárlos, y el destino,
Lucha y afán sin tregua ni reposo!
Yace la grey en sueño vaporoso,
Y está sobre él tronando el torbellino.

¿No oyes del mar las furias como braman,
Y las olas no ves que al cielo insutan?
Ya en los abismos su bajel sepultan,
Ya sobre montes de agua lo encaraman.

"Lidia, combate, vence á la onda impía,
Le dice al oido espíritu invencible:
Porque es la fé tu brújula infalible
Y es el Señor la estrella que te guía;

Y la cruz del Señor tu invicto remo,
Y del Señor la voz tu barca impele:
Entre las sirtes déjala que vuele
Que al puerto llegará del bien supremo.

Miradle allí cual astro esplendoroso
Rasgar la noche de ignorancia oscura,
Contra el error lanzando y la impostura
Saetas de luz con brazo poderoso.

Vedle allanar las rápidas pendientes
De la escarpada cumbre en que la ciencia,
Corona de laurel la inteligencia
Arroja sus conquistas á las gentes!

Y allá en pos de un maná, don soberano,
Maná de la inmortal sabiduría,
Allá los vacilantes pasos guía
De tierna juventud su firme mano.

No tengo acentos del divino coro
Para ensalzar de Carlos la firmeza,
Y demanda José tanta grandeza,
Un canto celestial, un arpa de oro.

ODA.

Á LA AMISTAD.

Dulce, dulce amistad hija del cielo,
Halagüeña sonrisa de los hados,
Tú que hiciste la dicha de mi vida
Salud, salud, salud, ¡oh númen caro!

Salud bella amistad: tú dulcificas
Mi penosa existencia con tu encanto,
De mis funestos días la carrera,
Del placer con las rosas alegrando.
Solo tu nombre mi existencia anima:
Al oirlo me lleno de entusiasmo;
Y recuerdo las veces que en tu seno
Calmé el dolor y te inundé en mi llanto.
En tu amoroso seno ¡ay cuántas veces
Me incliné y reposé confiado,
Como se duerme el inocente niño
Plácidamente en los maternos brazos.
Más pura que la luz, tu faz serena
De mis pesares alejó el nublado,
Y el íris me mostró de almo consuelo
Los tormentos de mi alma disipando.
A tu mágica voz el triste tedio
Huye y se asila en los funestos antros
Del corazón que no se ha abierto nunca
A la luz bienhechora de tus rayos.
Desgraciado mortal, si tu alma fría
Jamás unió de la amistad el lazo........
Renuncia el ser, y vuélvete á la nada,
Que nada fuiste en tu destino ingrato.
Y sinó cuando al peso de las penas
Te veas sucumbir, cuando los dardos
De la envidia feroz, del furor ciego,
Se claven en tu pecho envenenados:

¿Qué mano dí, qué mano bienhechora
Podrá curar tu corazón insano?
Ay, sospechas, tristeza, desconfianza
E ingrato desamor habrá á tu lado.
Errante en los senderos de la vida
Irán sin rumbo tus inciertos pasos,
Sin encontrar en medio de los seres
Sino horribles desiertos solitarios.
Cuando del infortunio el grave peso
Haga sentir inexorable el hado:
Cuando ya la ilusión se desvanezca
Que el placer fuera en nuestros tiernos años:
Cuando al delirio juvenil reemplazcan
La triste realidad y el desengaño,
Cuando al travez de escollos y peligros
En su larga carrera fatigado;
El mísero mortal, ya sin alientos,
Solo ve en torno desapego ingrato.
Fuera de los fantasmas ¿qué nos queda?
Solo de la amistad el suave encanto.
El corazón anima, y á su sombra
A la vida se torna el desgraciado.
Qué dulce es la amistad! Qué grata á mi alma
Sin reserva entregarle, ni embarazo
A otro mi corazón, á quien no falta
Sino estar en mi pecho palpitando!
Es dulce padecer, dulces los males;
Sí, dulcísimos son, cuando en el llanto

De mi amigo querido, que los siente,
Encuentro á mi dolor un suave bálsamo.
¿Qué dulce es referir sin desconfianza
Lo que pasa en los íntimos arcanos
Del corazón, sabiendo qne se queda
En profundo silencio sepultado;
Y su voz escuchar franca y sincera
Y ser de su alma fiel depositario,
Ya gozando con él de sus placeres,
O bien de su dolor participando!
Es, sin duda, el amor un don precioso
Con que al hombre los dioses regalaron,
Destello de la dicha y de la gloria
Bebido en el angélico parnaso.
¡Mas el soplo de amor es tan fugáz!
¡Tan presto se disipa el dulce encanto
Del inefable bien! Que apenas llega
La copa deliciosa al labio infausto
Cuando se rompe, y al placer divino
Fué, ya no existe cual veloz relámpago,
O cual rosas balsámicas que exalan
Por la mañana sus perfumes gratos,
Y en la tarde, ludibrio de los vientos,
Sus hojas cubren el verdor del prado!
El árbol de amistad crece frondoso,
Si lo cultiva diligente mano,
Y no sucumbe al curso de los tiempos,
Que más bien se hace fuerte y elevado.

Su benéfica sombra cada día
Se extiende más y más, y asilo grato
Brinda benigno al que plantarle supo
Y se halla de la vida fatigado.
Su cúpula soberbia resistiera
A los furores de huracán airado:
Y en vano contra si se conjuraran
Las tempestades del destino insano.
Dulcísima deidad, Amistad grata,
Mis votos acoged; y entre tus brazos
Recibe un corazón puro y sincero
Que á tu altar se presenta en holocausto.
Jamás permitas que manchado sea
Con aleve perfidia el pecho franco
Que alza á tí sus acentos verdaderos
Invocando tu nombre sacrosanto.
Estólida frialdad de mi alma aparta
Con tu benigna y cariñosa mano
Y antes acabe mi cansada vida
Que en mi penetre desamor ingrato.

EL CEREZO EN FLOR.

(Imitación de Víctor Hugo.)

Apuesta niña, sin igual graciosa,
Amable i linda cual cerezo en flor,
Jentil y esbelta como palma airosa,
Cuanto hay, daría por lograr tu amor!

Si fuera rey del afamado Oriente,
Mi cetro diera, mi encantado harem,
Mi regio alcázar de marfil luciente,
Mis cien palacios con sus torres cien.

Mis elefantes engarzados de oro,
Mis flotas que hacen á la mar jemir;
Mis cien dominios, mi oriental tesoro,
Y aun no bastáran cuantos guarda Ofir.

Si fuera Dios, mi solio de zafiro,
La eternidad, y el néctar inmortal,
Soles y mundos en eterno jiro,
La luz—la gloria—el coro anjelical.

Y el negro abismo que á mis plantas brama,
Y las delicias del celeste Eden;
Y el rayo ardiente que mi vista inflama,
Y el resplandor de mi divina sien.

Pero he nacido vate, sin ventura,
Y solo tengo un laud de trovador;
Hélo á tus pies, bellísima criatura,
Amable y linda cual cerezo en flor.

EL SOL Y LAS NUBES.

En su trono de fuego, el Sol pensaba:
"Devorar esos mundos ¿qué me impide?"
Y el mundo se abrasaba
En la llama voraz que el sol despide.
Y el mundo estaba inerte.
Y el mar le dijo entónces:
"No morirás de muerte."
Y mandó á los vapores que dormían
Sobre el haz de las aguas, y les dice:
"Despertad, oh vapores adormidos
Subid al firmamento,
Y en nubes convertidos,
Tronad, tronad temibles, rayo en mano
Destruid desde el cimiento
El Alcázar del Sol ¡Guerra al tirano!
El fuego arrebatadle y que prezca,
Y el reino de las *aguas superiores*
Como al principio fué, se restablezca."

A esta voz obedientes los vapores
Sobre el haz de las aguas se elevan,
Y los reinos del Sol se conturbaroron.
Y el cielo era una nube
De tempestad preñada, cuyo seno
Los rayos y relámpagos rasgaban
Cual vívoras de fuego serpenteando
Con horrísono trueno.

Y en ruidosos torrentes se fundía
La tierra que inundaban,
Y las aves del cielo
Bajaban con pavura
Buscando entre los árboles consuelo;
Y del tupido monte en la espesura
Los demás animales se metían.

Insólitas corrientes descendían
De las altas montañas, aumentando
El caudal y soberbia de los ríos;
Y estos iban bramando turbulentos,
Y entre turbias espumas arrastrando
Las ramas y los troncos corpulentos.
Y esto duró dos días y dos noches:
Y á la noche segunda
Una voz dijo: Basta.
Y vino la mañana
Cual amorosa virgen pudibunda,
Y cual de oro riquísimo, el Oriente,
Con el fondo de grama,
Y el cielo azul, y el aire transparente,
Y los claros remotos horizontes
El perfil dibujaban con limpieza
De las azules cumbres de los montes:
Y á dorarlas empieza
La luz del nuevo Sol, y de ellas quita

Los postreros despojos que en jirones,
Las deshozadas nubes se quedaron
Blanqueando como limpios algodones.
Y el sol la regia frente
Mostró al mundo por fin de lleno en lleno,
Mas bella, majestuosa y refulgente:
Y del desorden reparando estragos
A sus lindes redujo
Los desbordados ríos y los lagos.
Y nueva vida era:
Y la creación entera
Como si todo fuese dulce canto,
Nuevo vigor, belleza y lozanía
Del sol y de las aguas recibía;
Y era la paz del Cielo con la Tirrra,
Del Fuego y de las Aguas la armonía;
Hasta que el sol de nuevo superaba.
Y de nuevo la guerra comenzaba.

Y esta acción y reacción, este equilibrio
Sin fin se reproducen:
Dios este órden dispuso,
Y de allí grandes cosas se producen.
Destruirse jamás pueden
Ni uno ni otro elemento:
El, á entreambos dirige
Con grande entendimiento,

Y al uno por el otro le corrige:
Y en su eterno equilibrio
Dió al orbe incontrastable fundamento.
Así cantó una voz clara y sonora,
Y dijo la sutil filosofía:
En vez del Sol, del Mar, y de las Nubes,
Sustituid: Monarquía,
Pueblos, y Democracia turbulenta;
Y en los variados cuadros de Natura
Tendréis la fiel pintura
Que el político mundo representa.

EL ARROYO Y LA LAGUNA.

¿A dónde vas, ¡oh arroyo peregrino!
Que así el amor de mi cristal desdeñas?
¿Cómo á mi orilla pasas tan vecino,
Y el paso tuerces por fragosas peñas?

—¡Quién fuera como tú, mansa laguna,
Que en tu lecho de juncos y espadañas
Te aduermes sin temor de la fortuna
Al son del aura entre tus verdes cañas!

—Y qué te impide enderezar el paso
Y enviar á mi tu vívida corriente?
Si lo desearas con verdad acaso,
Ya yo gozara tu onda transparente.

—Tú, en tu centro naciste y nada altera
Tu dulce dicha y tu eternal sociego;
Mas muy lejos de aquí alguien me espera,
Y al impulso me voy de un hado ciego.

Allá tras los azules horizontes
Saltaré entre escarpados peñascales;
Daré mil vueltas por lejanos montes
Rodaré por ardientes arenales;

Que ando en pos de mi bella prometida
De tibias ondas y de faz serena,
Y antes de hallarla, mi naciente vida
Talvez devore la sedienta arena.

Adiós por siempre, pues no plugo al cielo
Que aquí termine mi torturoso giro.
—Adios por siempre fúlgido arroyuelo!
Dijeron ellos, y yo dí un suspiro.

Y así dos seres que una unión más cara
Deberían gozar hasta la muerte,
Una invencible fuerza los separa!
¡Oh decretos terribles de la suerte!

LA GOTA Y EL MARMOL.

La gota, al mármol
Cayendo en él
Dice: horadarte
Por fin logré.
Y en veinte lustros
Pude yo hacer
Lo que ese lago
Ni en cien y cien.
No la gran mole
Presta el poder,
Que solo al arte
Debido fué.

EL TIEMPO Y LA RUINA.

Dijo el tiempo á la ruina: Tu eres mi hechura.
Abuelito, dijo ella, se te figura.
—Pues de quién eres?
—Del hombre, que destruye todos los seres.

EL MONO.

A un espejo vióse
Un mono, y muy luego,
Haciendo visajes,
Marchóse diciendo:
¡Qué cola, y qué facha,
Qué muecas, qué jestos!
En Tetuán nosotros
No somos tan feos.

Si Esopo delante
Se pone un espejo,
Es el *Homo Sapiens*
El mono del cuento.

LOS LABRADORES.

Pecho y brazos desnudos,
Cubiertos de sudor, de hachas armados,
Dos labradores, hércules menbrudos,
A un cedro herían por opuestos lados,
Al compás de sus golpes redoblados.

Las hachas voladoras
Al Néstor de la selva ya rendían,
Cuya existencia respetado habían
Centurias de tormentas bramadoras.

Y amenazando á la enemiga jente
Ya el coloso menea la alta frente.
Llega el terrible trance:
El árbol cruje, el labrador sereno
La inclinación le mira,
Y ligero cortando el fiero lance
Al desplomarse el tronco, en torno jira.
Espaldar al peligro el otro vuelve
Y en alas de la fuga hecha la suerte;
Pero huyendo le alcanza
Una vil rama que le da la muerte.

¡Ay del que en fuga ruin puso esperanza!
¡Ay de aquél que en catástrofes civiles
No tale al tronco ó del poder se abrigue,
Porque rama enemiga
Le alcanzará talvez de los más viles!

LA PARÁSITA Y EL ROBLE.

"Deja que te ofrezca
Sus modestas flores
Una humilde planta
¡Oh gran Rey del bosque!
Tu sublime frente
Permite que adorne

Quien por tu belleza
Muérese de amores."
Dejó la parásita
Al añoso roble,
Y pagado el viejo
De tales razones,
Quiso que en el cielo
Fuese su consorte;
Y ella en el momento
Del novio abrazóse.
Y agobiado en breve
De bastarda prole,
Estraña familia
Su sabia absorbióse.
Burlánse las ninfas
Al son de tambores,
Pero no escarmientan
Los viejos cabrones.

LAS ONDAS.

Un peregrino arroyuelo
Viaja por el ancho llano,
Algunas ondas dormidas
Por las orillas dejando:

Del viaje ya fatigadas
Se quedan en un remanso,
Donde convertidas fueron
En pestilente pantano.

Las otras que con desprecio
Vieron fatiga y trabajos,
Obtienen por fin su parte
En el prometido Oceano.

A Febo allí miran siempre
Descender del regio carro
Para encerrarse en el fondo
De su cerúleo palacio.

En hijos de un mismo padre
¡Qué destinos tan contrarios!
Los animosos, han gloria;
Los pusilánimes, fango.

TRADUCCIÓN.

Infelix Dido, nulo bene nupta marito
Hoc perente fugis, hoc fugiente peris,
AUSONIO.

Dos veces á Himeneo te subyuga,
¡Mísera Dido! tu contraria suerte:
Un esposo al morir, causa tu fuga;
Y otro esposo al fugar, causa tu muerte.

La Ballena y el Telégrafo sub-atlántico.

Nuevo huésped del reino cristalino,
Ténia sin fin, lombriz interminable,
Al magnético lazo submarino
Díjole una ballena formidable:
Pues que principio y fin te busco en vano
Poco es ya para tí, todo el Océano."

¡Oh gran reina del mar! con vuestra venia,
Le contesta el telégrafo al momento,
Yo no soy, como creéis monstruosa tenia
De vuestro inmenso líquido elemento;
Soy del sublime genio un nervio sólo
Que al orbe encadenó de polo á polo.

Los oídos y la lengua de un gran mundo
Y de otro no menor, tan apartados,
Como distan del cáncer rubicundo
Los antárticos mares conjelados;
Y por mí, mano á mano gran señora
Háblanse al oido el Véspero y la Aurora.

El mónstruo audaz de su poder celoso
Que más grande que el suyo presumiera,
La obra del genio destruyó rabioso
Con la innata maldad de toda fiera:
De la fuerza brutal he aquí la gloria:
Dígalo Atila, dígalo la historia.

LA ISLA.

Al ronco son de las ondas
Y á la luz de las estrellas,
Junto á las cubanas playas
Así cantó una sirena:
" El continente y el mar
Hijos de la madre tierra,
Dividiéronse su imperio
Con fraternal avenencia;
Arroyos, ríos y lagos
Por del continente quedan,
Y en compensación las islas
El mar consigo se lleva.
Una de infernal orgullo
Que había entónces entre ellas,
De su nuevo soberano
El yugo romper intenta;
Y concitando en secreto
En sus más hondas cavernas
A las subterráneas furias
Hablóles de esta manera:
De la tierra exheredadas
Y al hórrido mar sujetas,
¿En paciencia llevaremos
Del cautiverio la fuerza?
¿El rujido de las sirtes

Con tanto terror nos hiela,
Que entre frágiles cristales
Aherrojadas se nos tenga?
¿En vano en nuestras entrañas
Encendió naturaleza
Voraces fuegos que al mundo
Podrían hacer pavezas?
Rompamos ya para siempre
Las cristalinas cadenas;
Afuera ardientes legiones
Y que el tirano perezca!
Dijo—Y estallando al punto
La conspiración tremenda,
Entre humo llamas y lavas
Ignoto volcán revienta.
Las aguas sus diques rompen
Y rojas llamas reflejan,
Al cielo la noche embarga
Y se estremece la esfera;
Los vientos de polo á polo
Conducen la hórrida nueva.
Y cuando el sol aparece
Una isla menos encuentra.
El Océano en devorarla,
Menos tardó que una bestia
En castigar al insecto
Cuyo aguijón le molesta—

—El canto escuchó la Antilla
Y gravolo en una peña
Porque no olviden sus hijos
Lo que una imprudencia cuesta.

LA ENCINA Y LA CAÑA.

TRADUCCIÓN DE LAFONTAINE.

La Encina vigorosa
Dijo á la débil caña:
No ha sido para tí muy amorosa
Madre Naturaleza:
Cual enorme montaña
Te agobia un Reyezuelo;
Y erguida no consiente tu cabeza
La aura que en manso vuelo
Al charco se desliza
Y el terso espejo de las aguas riza.

En tanto que al Cáucaso, mi frente semejante,
Embota las saetas ardientes de Faetón,
Y del furor se burla de Tempestad tronante;
Que á mí, todo me es Céfiro, y á tí todo Aquilón.

Si en tierra donde impera mi follaje
A lo menos nacieras,
Yo te guardara de violento ultraje,
Correr tus días más serenos vieras.

Mas suele tu linaje
Por su grande ventura
Pulular en las húmedas riberas
De los reinos del viento.
Madrastra es para tí, Madre Natura,
Que así te entrega á su furor violento."

—Tu compasión es bella,
Hija de tu bondad, dice el arbusto;
Mas mi humilde estrella
Te dé susto:
Que más que á mi terrible
Es para tí la tempestad acaso;
Yo me doblo flexible
No fracaso.
Me cimbro, me doblego,
El viento me da vueltas como un trompo,
Caigo y levanto luego, no me rompo.
Tú, hasta aquí triunfante,
No has encorvado el dorso al viento fiero:
Veamos, el fin, empero,
Mas delante."—

En esto el hijo más feroz embiste
Que en la glacial entraña
Jamás el Septentrión haya llevado:
Ceja la humilde Caña,
El arbol impertérrito resiste,

Que el viento con ruido
Empújale y resbala;
Pero lanzando más feroz bramido,
Con ímpetu tan fiero impulsa el ala,
Que el coloso ya cruje
Y el viento se lo lleva en otro empuje.

Tal fué el destino del que, altivo y fuerte,
Tocaba con la frente al firmamento
Y con la planta en reinos de la muerte.
¡Pobre orgullo mortal, burla del viento!

A LA TRISTEZA.

Dulce, apacible, lánguida tristeza
Que los sensibles pechos tiranizas!
¿Qué encanto tiene tu fatal terneza?
¿Quién eres tú que lacerando hechizas?

Yo no lo sé; pero tu mano siento,
La siento que me oprime de contino:
Tú en mi alma tienes peremnal asiento,
Tú presides mi bárbaro destino.

Desde mis breves infantiles días
Vírjen aun de dolor, tocaste mi alma,
Y oir me hiciste vagas armonías
Y amar la soledad i su honda calma.

¡Oh! del desierto espíritu apacible,
Letal tristeza del silencio amante,
De la lóbrega noche hija invencible,
De mi pecho infeliz huésped constante!

Entre las hojas que remueve el viento
Paréceme escuchar tu hondo suspiro,
Tus tiernos ayes, ó tu paso lento,
Y aun imajino á veces que te miro:

Ya en brumas de la tarde arrebozada
Sobre el picacho de una inmensa roca,
Cual genio de las nieblas, ó cual hada
Que nocturnos espíritus evoca;

Ya del turbio torrente á las orillas
Contra un peñasco reclinada te hallo,
Lánguida y sin colores las mejillas,
Como la flor que se tronchó en su tallo:

La frente, con la estigma del martirio,
Sobre el marchito pecho doblegada,
En la corriente fija la mirada,
Entre los dedos destrozando un lirio.

Destroza así tu mano macilenta
Mi pobre corazón, cruda señora,
Y si en hondo gemido se lamenta
Sonriéndote me dices "canta i llora."

Y canto i lloro, i mi mortal acento
Rasga al salir el pecho dolorido,
Y apenas sale se lo lleva el viento
Y va á perderse en eternal olvido.

Tal como te soñé verte quisiera:
Viviente ruina, móviles escombros,
Cobijando tu inculta cabellera;
Lánguido cuello i amarillos hombros:

Para que me dijéses ¡Oh enemiga!
Qué le hice yo para tan cruel venganza?
¿Porqué tu hábito frío me atosiga?
¿Porqué no hay para mí, bien ni esperanza?

¿Para qué á devorar te precisaste
De mi niñez la flor inmaculada?
¿Porqué al dolor más tarde no esperaste
Que mi alma te entregase destrozada?

Nectáreo cáliz sin piedad rompiste
Intacto entre mis dedos todavía,
Y lira melancólica me diste
De dolor i de fúnebre armonía.

¿Y el placer de cantar mi desventura
La copa de la dicha vale acaso,
Enturbiado por lloro de amargura
Y triste cual crepúsculo de ocaso?

¡Oh sombra de dolor! Yo quiero verte,
Bajo el ropaje de entidad humana,
Bella, con tu belleza de la muerte;
Tierna, con tu ternura de tirana.

Que yo te mire, sí, cruda tristeza:
Que te mueva mi acento lastimero;
Que se ablande tu bárbara fiereza.
El lirio entre tus dedos, ser no quiero.

¡Oh, si te viera yo cual te he soñado,
Númen letal, espíritu invisible,
Dejarías de hacerme desgraciado,
A mi fiero dolor fueras sensible;

Porque tu seno en llanto bañaría
Tiernamente abrazado de tu cuello,
Mis secos labios en tu faz pondría,
Y alguna flor de muerto en tu cabello.

LA SONRISA.

Las alas tiende el céfiro
En adormido vuelo,
Solo al azul del cielo
Y en olas mil de luz;
Y al punto desparece
Si el trueno le amedrenta,
Si envuelve la tormenta
Al cielo en su capuz.

Bandadas de aves pueblan
El aire, al claro día,
Henchidas de alegría
Y de dichoso amor.
Mas en la triste noche
Los aires son desiertos,
Solamente cubiertos
De sombras de terror.

Del abrigado valle
Amantes son las flores,
En donde solo amores
Del céfiro tendrán;
Mas el florido asilo
Aquilón ha violado,
Aun las que haya olvidado
Marchitas quedarán.

Sonrisa placentera
Tan sólo se derrâma
En labios que embalsama
El cáliz del placer.
Mas del dolor sombrío
El ímpetuo violento,
Como á la flor el viento
La hará desparecer.

¡Oh, joven, si en mis labios
Aun veis una sonrisa,
Dí que es tímida brisa
Debajo el nubarrón;
Paloma que en la noche
Va errando desbandada,
Flor que dejó olvidada
El bárbaro Aquilón.

LA INOCENCIA PERDIDA.

La imagen fiel de una beldad refleja
El inmóvil cristal de tersa fuente,
Tan límpida, tan bella i transparente
Que al mirar que retrata se asemeja:

Un inmundo reptil el canto aleja
Lanzándose sobre ella derrepente,
Y fango impuro, cieno pestilente
En la antes clara linfa solo deja.

Tal reflejó al principio el alma pura
De su divino autor la faz radiosa,
Con todo el resplandor de su hermosura;
Hasta que hórrida culpa ponsoñosa
Aborto de la noche mas obscura,
Devoró su inocencia esplendorosa.

PENSAMIENTO DE UNA TARDE.

Del moribundo día,
En el postrer instante,
El terror de las sombras
Se pierde entre celajes;

Y en su agonía enciende
Sus luces celestiales
La vespertina estrella,
Cual dolorida amante,

Siguiéndole á la tumba,
En que va á sepultarse,
Y á los remotos climas,
Donde en breve renace.

Y así, gran Dios, te pido,
Para el terrible trance,
De serena inocencia
La calma imperturbable:

De la rósea esperanza
Los plácidos celajes,
Que á las eternas sombras
Sus terrores embarguen;

Y de la fe más viva
La antorcha consolante,
Que se muestre en mi ocaso
Estrella de la tarde:

Para que blandamente
Mi espíritu se exhale
A la región sublime
Del querub y del anjel.

LOS OJOS.

TRADUCCIÓN DE CHERNIER.

Ven, ven, caro dueño, aquí hay césped blando;
Aquí en mi rodilla reclínate, sí;
Y en grato silencio mi rostro mirando,
No apartes Lindoro, tus ojos de mí.

Y miéntras te canto aquella tonada
Que más te embeleza, tus ojos tan bellos,
Los ojos que yo amo veré embelezada
De sueño entreabrirse, en suaves destellos.

Tan suaves, tan tiernos, cual la alba indecisa,
Que vaga entre lampos del día naciente,
Y sombras nocturnas que ya huyen deprisa
Al tiempo en que Febo se anuncia al Oriente.

Dirasme tú entonces "Adiós, prenda hermosa
Ya el sueño me vence." Y adiós te diré;
Adiós dulce amigo, dormido reposa;
Tu plácido sueño yo fiel velaré.

Así de ese modo te quedes dormido,
La frente á los cielos cual duerme el amor,
Y de ojos i frente mi dueño querido
Recorran mis labios la célica flor.

Esconde tus ojos. Escóndelos luego:
Ni más ya me mires. Mi sangre se inflama,
Por esa mirada, mirada es de fuego;
Que enciende mis venas en vívida llama.

Ven, ven, que yo quiero tus ojos cerrar,
Cerrar con mis dedos: aunque ahora rebosas
En vida y amores ni ha osado cegar
El tiempo en tu frente tus vívidas rosas.

Aun cuando no quieras haré yo una venda
Con esos tus largos cabellos sedosos,
Que de una sien á otra flotante se estienda
Que apague, que oculte, tus ojos radiosos.

¿Pero hay sin los ojos deleite cumplido?
De amor junto al lecho que quede esa téa,
De cuanto en la alcoba testigo ella ha sido
Discreta se olvida con la alba febéa.

EL ARROYO.

Unda impelitur unda,
Urgenturque prior veniente, urgetque priorem.
OVIDIO.

Deslízase suave,
Entre menuda arena,
El manso arroyo por la selva amena
Con sonoro murmullo que adormece,
Al aura blanda que en el sauz se mece.

Es la plácida orilla
El imperio de Flora,
Y su espléndida corte la decora.
¡Qué galas de tán vario colorido!
¡Qué perfumes tan gratos al sentido!

Suavísimo cenzontle
En pos de la frescura,
Del follaje se esconde en la espesura,
Llenando enamorado el vago viento
De la dulce armonía de su acento.

Y las límpidas ondas
Riza el céfiro blando.
¡Cuál se deslizan en su alegre bando
De ninfas, i de cisnes; carga leve,
Les son pechos de amor, cuello de nieve!

¡Oh peregrino arroyo,
Imagen de mi vida!
¿Por qué vá tu corriente tan urjida?
¿Qué te precisa abandonar las flores
De ésta risueña orilla, ¿tus amores?

¿Qué falta ya á tu encanto?
¿Qué falta á tu ventura?
¡Tente: gózate en ella miéntras dura!
Gózate en la belleza i la armonía,
Brisas i sombra, flores y ambrosía!

¡Ay! duran tus glorias
Lo que la vana espuma,
Y arista, sin que el fuego la consuma:
Duran más los amores de la brisa:
No hacen más que pasar, pasar deprisa;

Y ceder al impulso
Terrible que te obliga
De la que viene atras onda enemiga;
Y que no más feliz, que lo fué aquella,
A otra cede también, que la atropella!

Avido de los besos
De tu onda cristalina,
Amante lirio á tí su frente inclina,
Y detenerte en vano ¡ay Dios! procura
El dulcísimo afan de su ternura.

Más no hay para tí amores,
Ni reposo un instante;
¡Correr, siempre correr....siempre adelante!
Y, ¡adelante! que clama me parece
Una terrible voz que me estremece.

¡Oh la voz del destino! ....
Del destino la mano,
Como á la prometida del Oceano,
Sin piedad por la víctima inocente,
Te arrastra á sus abismos inclemente.

Tus floridas guirnaldas,
Impío y rudo el hado,
Ya en breve de tu sién habrá arrancado,
Juzgando ese atavío inoportuno
Para entrar en el lecho de Neptuno.

Y entre hórridos peñascos,
Do sólo el buho habita,
Tu líquido cristal se precipita,
Desnudo ya de la amigable sombra
Y de la matizada hermosa alfombra.

Ni la graciosa ninfa
En márjen herizada
Ha de poner su planta delicada,
Ni en los antros de horrísonos peñones
Hará oír el cenzontle sus canciones.

En torrente impetuoso,
De arroyuelo que fueras
Vas á tornar. La flor de tus riberas
No verás más, que al piélago insondable,
Te impele ¡ay Dios! un hado inexorable.

Y yo con igual fuerza
También soy impelido
(Cual tus ondas al mar) al mar de olvido;
Y con igual premura, igual violencia,
Su encanto va dejando mi existencia:

Pues cual flor de la noche
Que muere á la mañana,
Fué la de mis amores flor temprana;
Pasé, la ví, la amé, fragante y bella,
Torno á pasar, la busco y nada hay de ella.

Y cual tú, se desprende
Mi lóbrega barquilla
De la encantada juvenil orilla,
En turbulento fragoroso estruendo,
Por entre escollos mil despareciendo;

Mas no sin que aun de lejos,
Hacia el pasado encanto,
Vuelve mi vista atrás, turbia de llanto,
Y le envíe ¡ay de mí! mientras respiro,
Doliente adiós, tristísimo suspiro.

El surpirar me agrada,
Y el llorar de mis ojos,
Sobre estos mustios, pálidos despojos
De rosas de su tallo desprendidas:
Rosas son mis memorias más queridas:

Rosas son mis memorias
Sin vida ni belleza,
Me marchitó la pálida tristeza:
Muertas flores ¡ay Dios! donde aun asoma
Leve reliquia del perdido aroma.

Mi llorar me solaza,
Dulcísimo arroyuelo,
Enviar á tí mis lágrimas de duelo,
Mis suspiros unir á tu murmullo,
Y al de tórtola amante, blando arrullo.

¡Ay, sí! miéntras que canta
Sus amores el ave,
Murmullas tú, y el céfiro süave
Acaricia tus ondas y mi lira,
El llanto brota, el corazón respira.

Dulces silvestres tonos,
No del arte armonía,
Que siempre conmovieron la alma mía!
A su compás, arroyo cristalino,
Gusto cantar nuestro común destino.

Y en soledad sabrosa,
Dueño de mí, un momento,
Contigo i con mi triste pensamiento,
A tí, mi lloro doy; al aire, el canto,
Y un instante al olvido mi quebranto.

Adiós, fugaz arroyo:
La noche pavorosa
Ya sobre tu onda cae silenciosa:
Ya vuelve el pajarillo al dulce nido,
Y yo, de ingrato mundo, al vano olvido.

A MI HERMANO MANUEL

respondiendo á una canción que, en el mismo metro, me dirijió desde San Salvador.

¡Quién entonar pudiera,
Acompañado al son de blanda lira,
Endecha lastimera,
Tan dulce como el canto en que suspira
Mi ausente amigo amado,
Orillas de Azelguate (1) afortunado!

¡Oh tú, mi caro amigo,
Que das tanta dulzura á tu lamento!
Si competir contigo
No es dable en la armonía del acento,
En que eres tú el primero,
Mi pecho en el sentir no es el postrero.

---

(1) Arzelguate: río del Savlador.

Tus notas imitando
Yo exhalaré mis ayes doloridos,
Y al céfiro más blando
Rogaré que los lleve á tus oídos;
Respondiendo á tu canto,
Que desde aquí acompaño con mi llanto.

Cual suele la inocente
Avecilla en la noche más serena
Orillas de la fuente
Remedar á la dulce Filomena,
Yo tu canción remedo,
Y es cuanto de mi acento esperar puedo.

Si en el peñasco hueco,
De las ardientes playas de Azalguate,
Responde sólo el eco
De los suspiros de mi tierno Vate,
Otro eco más sentido
Responde aquí detrás del Ande erguido. (1)

Aquí en la Chiapa ignota,
Donde mi mente aun verte se imagina,
Donde mana y se agota
De *Chichimá* la linfa cristalina,
En cuya fresca fuente,
No más de que te fuiste hundo mi frente.

(1) Ande: la sierra que queda entre los territorios de Guatemala y Chiapas, prolongación de la cordillera de los Andes; los Cuchumatanes.

Sabes cuánto yo amara
Los risueños paisajes de natura,
Y cuánto me encantara,
Ora de las campiñas la verdura,
Ora el monte sombrío,
Ora el murmullo de adormido río.

Ora el hondo desierto
De paz asilo y de beldad, santuario,
Ora el valle encubierto
De Flora perfumado relicario;
Ora mansa laguna
Que inmóvil duerme al rayo de la luna.

Mas, luego que partiste,
Para este corazón, para estos ojos,
Ningún encanto existe:
Del destierro los ásperos abrojos,
Por tu mano apartados,
Cubren de nuevo los agenos prados.

Un día, te diré,
Que en los herbosos valles de Tzûnol (1)
Recreärme intenté,
Al trasmontarse ya el ardiente sol;
Y en el brazo el fusil,
Seguí del río los recodos mil.

(1) Tzunol: un valle distante de Comitán, cuatro leguas al Occidente.

Guarnecen sus riberas
(¿Te acuerdas?) de sabinos colosales
Dos tortuosas hileras,
Cuyo verdor cubriendo los cristales,
Serpea en la llanura
Cual monstruosa serpiente de verdura.

Mi mente pesarosa
No vagó en aquel bosque corpulento;
Ni á la queja amorosa
Que el pájaro en las ramas daba al viento,
Sensible fué mi oído,
Ni al del agua mansísimo rüido.

La caza despreciando,
Mi marcha á la ventura dirigía,
Por la márjen vagando
Y volaba mi inquieta fantasía
Tras mi hermano tan solo,
Errante entonce en peligroso polo.

De tu suerte la duda
El pecho con angustia me apretaba
Aquella pena cruda
Mi alma, como ahora, entónces embargaba;
Y allá, entre mí, decía;
"¡ Bajo este árbol talvez él estaría!"

En tanta acerba pena
Que á este mi triste corazón circunda,
Sólo tu dulce avena,
Tu cara voz que de ternura inunda
Aquesta alma oprimida,
Préstame nuevo aliento, nueva vida.

Permita un día el cielo,
(Solo al pensarlo el corazo melate)
Que allá en el patrio suelo
Siquiera en la márjen de Azelguate,
Démos á un mismo viento,
Bajo un mismo palmero nuestro acento.

No tus lágrimas solas,
En *silenciosa* soledad vertidas,
Irán más á las olas
A sepultarse en ellas confundidas:
Que á la linfa del Coro (1)
Con el mío también irá tu lloro.

1 Coro: hermoso manantial del Salvador.

A LA MEMORIA DEL RETRATISTA

DON FRANCISCO CABRERA.

Tú, que salvaste del ingrato olvido
El bello esmalte de la flor precoz,
Que el cáliz dobla, ya descolorido,
Al soplo frío de la edad veloz:

Tú, que en su vuelo, detener supiste,
Con tu pincel al raudo tiempo alado;
En solo un punto, y al presente diste,
Bella cual fué la imagen del pasado:

Tú á quien triunfando de la muerte aleve,
Diérate el cielo rescatar su presa,
Dando al marfil el encarnado leve
Que no destiñe el polvo ni la huesa:

Tu mismo yaces en la huesa helada,
Sin que pudiese, no, genio divino,
Parar el golpe, la hora señalada,
La hora tremenda del fatal destino!

¿Qué vale al genio su falaz aureola?
¿Qué su reflejo sobre el mármol frío,
Si su ceniza silenciosa y sola
No anima ya en el túmulo sombrío?

¿Y qué la llama que abrasó su frente
Y consumió su corazón acaso,
Cuando al cruzar el mundo indiferente
Ni una mirada le debió en su paso?

¿Cuando al cruzar los valles de la vida
No deja más que soledad oscura,
Ni halló al gemir, el alma dolorida,
Un eco de simpática ternura?

¿Cuando postrado en miserable lecho,
Sintió abrasarse en el ardor febril,
Y ni un consuelo al fatigado pecho
Calmó el tormento de sus ansias mil?

¿Cuando su yerta senectud no pudo
Poner talvez la venerable faz
En lecho ménos frío y ménos rudo
Que el rudo mármol que le guarda en paz?

De ardiente genio el encendido lampo
La breve vida desolando pasa:
Marcó su huella en el desierto campo
La flor marchita que al pasar abrasa.

¡Ay, Dios! ¡Y el mundo sin piedad ninguna
cortó su vuelo, con crueldad irrisoria!
No vió jamás sonreir á la fortuna:
Solo en la tumba aguárdale la gloria.

Si acaso el polvo de eternal olvido,
Que troncos róe, mármoles quebranta,
Un nombre leer no gusta, allí esculpido,
Si no le huella la profana planta.

A tí el amor debiérate, Cabrera,
La dulce prenda por doquier llevar,
De polo á polo en la espaciosa esfera,
En el desierto y en la triste mar.

Y la horfandad y la amistad doliente,
Que sobre el mármol lloran con que oprimen
Las duras parcas la amarilla frente
De amigo ó madre porque tristes gimen.

Por tí solazan su dolor también,
Al ver la rosa que el marfil matiza,
El fresco labio, la dorada sien,
Que no son ya sino glacial ceniza.

No, acaso un eco, cabe á tí suspira,
Ni cae lágrima en tu loza triste;
Pero solloza la sensible lira,
Y de crespón y de ciprés se viste.

Y lleno el bardo de dolor sombrío,
Tu fúnebre urna, tu inmortal pincel,
Al áureo templo llevará de Clío,
Entre los ramos de inmortal laurel.

LOS OJOS.

Ojos que ingratos me negais la vida,
Ojos hermosos que me dais la muerte,
Ojos divinos que rejís mi suerte,
Ojos en donde mi alma anda perdida.

Ojos que quien os vé, todo lo olvida;
Ojos á cuyo encanto nadie es fuerte,
Ojos que al mismo amor ponéis inerte,
Ojos que á Venus ya dejais vencida.

Ojos, fuentes bellísimas de amores;
Ojos de quienes ¡ay! no oso apartarme,
Ojos que sois el áspid entre flores.
Ojos de Clori, aunque háyais de abrasarme,
Ojos que al sol robais sus resplandores,
Ojos de luz, no déjeis de mirarme.

A DON JOSE MILLA.

Yo al Arcade conozco que canta entre las flores,
Orillas de los lagos, á faldas del volcán,
Allá en mi bella *Arcadia* verjel de los amores,
Donde suena esa lira que enfrena el huracán:

Que á las brisas aduerme entre cunas de rosa,
Y á la abeja entre el nardo, ó en el tinto clavel;
De libar olvidada, por canción deliciosa,
Del cisne á quien coronan las ninfas del verjel.

Como, tendiendo una ala, tan muelle se adormía
Sobre la lira de oro el divino Anacreón
La amorosa paloma que de Vénus tenía,
Y fue de dulce canto divino galardón.

Sí, sí: yo te conozo, por más que no te vea
Y entre flores te escondes, dulcísimo cantor:
Si *María* no es tuya, no hay otro de quien sea,
Sino es que pertenezca al mismísimo amor.

¡Oh, Arcade divino! pláceme más tu acento,
Que la onda cristalina del fresco manantial,
Si, en taza improvisada, la sorbo yo sediento,
En una oja del árbol que cobije al cristal;

Pláceme más que el sueño, cuando al calor rendido,
Solazo en verde césped mi palpitante sien,
En la olorosa gruta del casador florido
Que el céfiro mantiene en plácido vaivén.

No solo ruiseñores alaban á la aurora;
Susurra hasta el insecto su ruda admiración;
Y por eso escuchando tu lira encantadora,
Te alaba en rudo acento sensible corazón.

¡Cuán mágico el solloso de tu inmortal *María!*
Cada una de sus lágrimas es perla celestial,
Más linda que las lágrimas que al prado la alba envía,
Y de plata salpican las hojas del rosal.

Mas bellas son ¡oh, Vate! que el véspero luciente,
Que enciende en el ocaso la diosa del amor:
Son límpidos destellos de la castalia fuente,
Y purísimo néctar de olímpico dulzor.

El acento inefable de su inmortal gemido
Arrancó de mis ojos mi lágrima mortal,
Cuando los vientos patrios trajéronte á mi oído,
Por cima los cipreses del Ande colosal.

Sensible á sus encantos, con ella yo he llorado:
Las *lágrimas del Vate* á las suyas mezclé;
Esa perdida lágrima que tú no has celebrado,
¡Oh, Arcade sublime! no ignoro yo por qué:

Porque sabes que siempre es para el mundo ignota;
Que á una pluma de Anade cuando más resbaló;
Porque nadie percibe si se escapa una gota
De subterránea fuente que el oasis fecundó:

Porque esa leve làgrima, de la mente destello,
De dolor, de entusiasmo, de asombro, de placer,
Que arranca el sentimiento de cuanto hay grande y bello,
Tan solo el entusiasmo la pudo comprender.

¡Cuan májica armonía de tus labios resbala,
Cuando bajo el follaje de agreste cenador,
A las *serranas* tocas la alegre generala
Que en torno á tí las reune, bajo el pendón de amor.

¡Cuán festivo les pides *guirnaldas y sonrisas*,
Que sin que las reclames, de grado te darán;
Y....quién sabe si rosas que ignoraron las brisas,
Entre aquellas guirnaldas enredadas se van....!

Gózate en esas ninfas que en torno á tí ya miro;
Y en la aura que embalsama con *rosa y alelí*:
Gózate en ese cielo por el que yo suspiro,
Y que abre á la esperanza sus campos de turquí.

Gózate en esas flores de tan suave ambrosía;
Gózate en nuestra Arcadia de olímpica beldad;
Y de tu lira de oro la inmortal melodía
De esas ninfas y prados feliz celebridad.

Y pierda su ponzoña la sierpe venenosa
Que contra tí emboscare la envidia en el verjel,
Al caerle de tus sienes un hojita de rosa,
Al soltarle tu labio una gota de miel.

¡Adios! y no te olvides del vate que te admira,
Que bajo el bello cielo de su primera luz,
Alguna vez dichoso, ha de besar tu lira
Regada con esencia de *flores de la cruz*.

CANTO DEL AUSENTE.

Tedio mortal, atroz melancolía
Me hacen aborrecible la luz pura:
Todo es desierto ¡Soledad sombría!
Muerta aparece para mí Natura.
El hermoso esplendor que le atavía
Cubre á mi alma de sombra más oscura;
Y es tal de mi dolor el devaneo,
Que morir de mi amor sólo deseo.

La aurora es para mí descolorida;
Y en manto de dolor encapotada,
La aroma de las flores desabrida,
Sin verdura la yerba aljofarada;
De frescura la brisa destituida,
La existencia de objeto despojada,
La noche, de quietud; de paz, el sueño,
Desde que yo perdí mi dulce dueño.

Porque si de la noche bienhechora
Aduerme al mundo bálsamo divino,
Y en brazos de la paz encantadora,
Solo yo sufro en mi dolor continuo,
Víctima del pesar que me devora,
Presa infeliz de mi fatal destino,
No alcanza á embalsamar el alma mía
El suave néctar de la noche umbría.

Otra vez se agitara blandamente
Mi corazón en plácida dulzura,
Al rayo de la luna que en la mente
Derrama melancólica ternura;
Y al contemplar su disco refulgente
De placer palpitando y de ventura
Miraba yo en la luna reflejada
Mi dicha entre los brazos de mi amada.

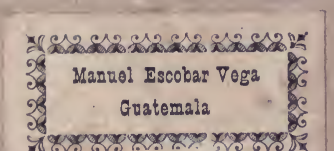
Mas ahora, ¿puedo acaso, infortunado,
Sin destrozar mi pecho dolorido,
Alzar la vista al éter azulado,
Do Diana ríe á su Endimión dormido?
Cubre la faz á tu astro despiadado
Tú que escuchas ¡oh, noche! mi gemido:
Amiga del dolor seme piadosa,
Envuélme en tu sombra pavorosa.

He aquí mi eterno canto de tristeza,
Suave expresión de mi dolor impío:
Lirio de Chiapas, perla de belleza,
Yo con mi canto el corazón te envío:
En premio sí de mi infeliz terneza,
Yo te pido tan sólo dueño mío,
Un suspiro de amor, una mirada
Al cielo de tu tierra abandonada.

LA NIÑA VENDADA.

Su sien ceñía
Venda hechicera
La vez primera
Que yo la ví:
Entre celajes
Luna radiosa
No es tan hermosa
Como ella así.

Medio cubierta
Los ojos de ella
Quedó tan bella,
Tan ciego yo;
Que el arco y flechas
El Dios vendado
Desesperado
Luego le dió.



A LOS CUCHUMATANES (1)

¡Oh cielo de mi Patria!
¡Oh caros horizontes!
¡Oh azules altos montes,
Oidme desde allí!
La alma mía os saluda,
Cumbres de la alta sierra,
Murallas de esa tierra
Donde la luz yo ví!

Del sol desfalleciente
A la última vislumbre
Vuestra elevada cumbre
Postrer asilo dá:
Cual débil esperanza
Allí se desvanece:
Ya más y más fallece,
Y ya por fin se vá.

---

(1) **Cuchumatanes: cadena de montes situados entre Guatemala y Chiapas: son prolongación de la Cordillera de los Andes.**

En tanto que la sombra
No embargue el firmamento
Hasta el postrer momento
En vos me extasiaré;
Que así como esta tarde,
De brumas despejados,
Tan limpios y azulados
Jamás os contemplé.

¡Cuán dulcemente triste
Mi mente se extasía,
Oh cara Patria mía,
En tu áspero confín!
¡Cual cruza el ancho espacio,
Ay Dios, que me separa
De aquella tierra cara,
De América el jardín.

En alas del deseo,
Por esa lontananza,
Mi corazón se lanza
Hasta mi pobre hogar.
¡Oh, dulce madre mía,
Con cuanto amor te estrecho
Contra el doliente pecho
Que destruyó el pesar!

¡Oh, vosotros que al mundo
Conmigo habéis venido,
Dentro del mismo nido
Y por el mismo amor;
Y por el mismo seno
Nutridos y abrigados,
Con los mismos cuidados
Arrullos y calor!

¡Amables compañeros,
A quienes la alma infancia
En su risueña instancia
Jugando me enlazó
Con lazo tal de flores,
Que ni por ser tan bello,
Quitárnosle del cuello
La suerte consiguió!

Entro en el nido amante
Vuelvo al materno abrigo:
¡Oh, cuánto pecho amigo
Yo siento palpitar,
En medio el grupo caro,
Que en tierno estrecho nudo
Llorar tan sólo pudo,
Llorar y más llorar.

....

¡Oh cielo de mi Patria!
¡Oh caros horizontes!
¡Oh ya dormidos montes
La noche ya os cubrió:
Adiós, oh mis amigos,
Dormid, dormid en calma,
Que las brumas en la alma,
¡Ay, ay! las llevo yó.

A UNA MOSQUETA.

Delicada florecilla
Cuyo seno embalsamado
A Favonio enamorado
Mil encantos prodigó:
¡Ay, cual torna ya amarilla
Sin aroma ni frescura
Esa corola tan pura
Que á la nieve deslumbró!

¡Ay triste yo miro
De galas tan bellas,
Apenas las huellas
Y triste suspiro!

Mis labios ya besan
Tus mustios despojos,
Su llanto mis ojos
De enviarte no cesan.

Ya no eres la flor
Juguete del viento,
Sino un pensamiento
Sublime de amor.

Porque esas hojillas
Sin bello barniz
Ni olor ni matiz
Del todo amarillas,

Son pájinas llenas
De tierna elocuencia,
Que más que tu esencia
Suavisa mis penas.

Son prenda muy cara
De lejos venida:
Que madre querida
A un hijo mandara.

De verte no ceso,
De nuevo te miro,
De nuevo suspiro
De nuevo te beso.

De nuevo el regazo
Marchito te inundo
De lloro infecundo,
De nuevo te abrazo.

¡ Ay Dios, quien pudiera
Con besos y llanto
Tornarte el encanto,
La vida primera !

No empero me es dado
Soplarla en tu frente,
Que mi hálito ardiente
No es céfiro alado;

Ni fresco rocío
De vívida aurora
El riego que ahora
Te cae bien mío.

Es del proscrito el llanto corrosivo,
Y su terrible aliento de anatema,
Que á cuanto baña á tanto le es nocivo
Y cuantó toca su respiro quema.

Más tú no temerás que tu marchito
Cáliz yo riegue con mi acervo llanto ;
Pues quien te envía es madre del proscrito :
Ven á mi pecho, calma mi quebranto !

Que aunque haya en el destierro bellas flores,
Frescas, alegres, plácidas, fragantes,
De variados matices y colores,
Que embalsaman las auras inconstantes,

No hay mosqueta de aroma delicada,
No hay una flor que me hable al corazón;
Ni que, cual tú, del tallo desecada
Sobreviva un instante á su ilusión.

Arrebatadas del común destino
Volando al polvo de hoja en hoja van,
Sin que del alba el lloro peregrino
Tuerza esta ley más cruel que el huracán.

La ufana reina del pensil florido
Con la diadema de su rósea sien,
También sucumbe, y el profundo olvido
Sus bellas horas devoró también............

Tú empero vivirás aquí en mi pecho,
Tus macilentos lánguidos despojos,
Aquí en mi seno férvido ya estrecho
Siempre los guardaré, flor de mis ojos.

Flor que brotaste allá dentro el amado
Recinto del hogar, donde corrieron,
Como el límpido arroyo por el prado,
Mis bellos días que por siempre huyeron.

Descolorida flor, marchita y triste,
Flor con quien hablo en mi delirio vano,
Flor que hasta aquí buscándome veniste,
Flor que cortó mi madre con su mano.

Si del recuerdo la punzante espina
Lastima el pecho á tu infeliz cantor,
Tus hojas le embalsaman, flor divina,
Con la fragancia del materno amor.

EL PINO SECO Y EL QUIEBRACAJETE.

"Salve ó prenda del otoño,
Amorosa enredadera,
Para mí la primavera
Ya no existe sino en tí.
Salve, oh tú! que en mis quebrantos
Diste el velo de tus flores,
Que mojaron los amores
En sus tintes de rubí!
¿Qué le importan ya las gotas
Del florido alegre mayo
Al que herido fue del rayo
Mortalmente como yo?
¿Qué me importan si en mis ramos
Ni un pimpollo á la ternura
De la brisa ya quedó?

De la la brisa los amores,
De la aurora las delicias,
Del rocío las caricias,
Para mi no existen ya;
Ni á mi sombra blandamente
Se solaza el caminante
Ni sus penas el amante,
En mi tronco grabará.
A pastores y zagalas
De sencillos corazones
En sus rústicas canciones
Ya no escucho en derredor.
Ni me arrulla sus dolores
Tortolilla enamorada,
Ni en mi copa mutilada
Labra el nido de su amor.

A este leño apolillado
Que le sirve de granero,
Solo viene el *carpintero*,
O el confuso *gavilán.*
Y en la oscura y triste noche
Solo el buho misterioso
Cuyo canto pavoroso
La importuna con su afán.
Y mis ramos estridentes
Por el viento sacudidos
Imitando los gemidos

Del más fúnebre dolor;
Reclinando en el silencio
De la noche más obscura,
Dan al bosque más pavura
Y á las sombras más horror.

Un cadáver macilento
Ves aquí, donde solía
Envidiar mi lozanía
De esta selva la altivez.
Melancólico esqueleto
Desolado, yermo, triste,
Que con flores revestiste
En su horrenda deznudez.

Salve, oh prenda del otoño,
Amorosa enredadera,
Para mi la primavera
Ya no existe sino en tí!
¡Cuán en breve rudo invierno
Tiene, ay Dios, de devorarte!
¡Cuán doliente he de llorarte
Flor tan buena para mí!"

Y tal decía á la planta enredadora
Que le decora
Con su flor bella
De un muerto pino el pálido coloso
Que mustio y silencioso
En la selva descuella.

Y yo un suspiro dí mirando al pino,
Porque el destino
Con su furor ciego,
También mi corazón ha desolado;
Marchito y deshojado
Cómo al árbol el fuego.

Y también como el árbol yo encontrara
Quien alhagara
Con su ternura
Y con la flor de su amoroso encanto,
Mi profundo quebranto,
Mi mortal desventura.

¡Ay! Temo que esa flor, cual la hechicera
Enredadera,
Cual sueño leve,
Fugaz visión de la engañosa vida
También desvanecida
Yo la llore muy breve.

LA GARZA.

¡Salve, inocente huésped de los ríos,
Acuática azucena de la aves,
Melancólica flor de las lagunas,
Más blanca que la espuma de los mares!

Rival de la paloma sin mancilla.
Del alabastro y nieve deslumbrante,
Emula silenciosa de los cisnes,
Salve volátil flor, mil veces salve!

Si fuiste por Apolo exheredada,
Si jamás endulzó tus secas fauces
Ni de amorosa tórtola el arrullo,
Ni de *orfeo zenzontle* los cantares;

Te concedió naturaleza artista
Otra divina voz, otro lenguaje:
Estatua te hizo del dolor sombrío,
Cual te miro ahora en el cerúleo estanque.

Estatua del dolor, el dolor mudo
Te inspiró su expresión tan penetrante,
Tu actitud modeló *melancolía*,
Inocencia te dió su albo ropaje.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,
Como clavada en la anchurosa márgen,
El cuello entre los hombros embutido,
Y el pico entre los límpidos cristales?

¿Cual *narciso* del lago, por ventura,
Enamorada de tu propia imágen,
En el espejo que tus plantas pisan
Contemplas el albor de tu plumaje?

¿O en dolorosa soledad, el duelo
Haces talvez de tu perdido amante,
O de la tierna prole que en el nido
Labrado entre los *tules* ya no hallaste?

¡Y ni un lamento de dolor se exhala,
Cuando se rasga un corazón de madre!
¿Cómo tan mansa, resignada y víctima,
Que ni un gemido su dolor le arranque?

Imagen de pesar y de inocencia,
Siempre á mi corazón interesante:
Yo mustio como tú, cual tú infelice,
Yo de cantarte hé, mísero vate.

Pláceme verte en la apacible orilla,
Como un ampo de nieve entre cristales,
Inmóvil, dolorida y silenciosa,
Reflejo de mis íntimos pesares:

O bien remando en compasado vuelo,
Cual blanca navecilla de los aires,
Al céfiro agitando con tus alas
Como á la honda los remos de la nave:

O entre las ramas del ciprés funesto
(A la Hada entre las sombras semejante)
Donde en doliente soledad escuchas
Los últimos suspiros de la tarde.

Orillas de este lago silencioso,
Donde á Natura á contemplar me place,
Siempre te hallé, cual genio de sus ondas,
¡Oh, dulce amiga del silencio imagen!

Grata siempre me fué tu compañía,
¡Oh, tú del lago límpida habitante!
En los tristes paseos solitarios
Que doy en torno de su verde márgen.

¿Comprendes tú mis tiernas simpatías
Cuando tiendes el cuello por mirarme?
¿Y comprendiste ayer mis crudas ansias
En el peligro de que al fin salvaste?

Astuto cazador, el rayo en mano,
A favor de las ramas de los sauces,
Adelántase á tí, con sutil planta,
Y........ya te miro en el terrible trance........

Brilla entre el humo la enemiga llama,
Intacta yo te miro por el aire,
Mi corazón respira, cuando el trueno
Aun se prolonga por el ancho valle.

¡Oyera el cielo con piedad mis votos!
¡Oigalos siempre así, siempre te salve!
Pero ay! mi dulce amiga de los lagos
¿Quién de los dos primero de aquí falte?

Víctima del instinto carnicero,
Del feroz cazador, temprano ó tarde
Serás, ay Dios! y tu nevada pluma,
Enrojecida en tu inocente sangre.

Y yo, leve juguete del destino,
Cual la hoja, de zañudos huracanes;
Yo, cuyo sueño la tormenta arrulla,
Yo, cual nido de alción sobre los mares:

Yo de aquí ¡oh bellísima azucena!
He de desparecer talvez más antes,
La última sea acaso que mi planta
Huelle la florecilla de estas márgenes.

Mañana, ó esta noche, quizás ahora,
El hado ejecutivo me arrebate.....
¿Y cuál asilo substraerá mi sueño
De mi existencia errante á los azares?

La onda ya no verá su blanco lirio,
Y faltará el cantor del lirio amante:
Nadie su ausencia notará del lago
Donde todo prosigue inalterable.

La onda apacible de murmullo blando
Dormirá como siempre entre su cauce,
Y en su lecho de flores y esmeraldas
Siempre le arrullarán brisas amantes.

De su propia verdura enamorados,
Narcisos de las plantas esos sauces,
Balanceando sus ramas muellemente,
No cesarán en la onda de mirarse.

Bajo su sombra cien generaciones
Verá pasar ese ciprés gigante,
Ese obelisco que al dolor consagra
La silenciosa soledad del valle.

Y en tanto, ¡oh, alba flor de la laguna!
Sepultura entre flores y cristales
A tí conceda bondadoso el cielo,
Y á mí el morir en brazos de mi madre!

EL BOSQUE.

Hondo silencio y soledad umbrosa
En el añoso bosque y paz y olvido:
La humilde fuentecilla apenas osa
Triscar bajo el peñazco enegrecido:
Pliega el céfiro la ala sonorosa
De respeto y temor sobrecogido,
Ante las canas venerables frentes
De encinas seculares y eminentes.

El silencio profundo solo alteran
El pajarillo que el follaje mueve;
La hoja que va alcanzar las que la esperan
Allí donde irán todas tarde ó breve;
Y sus despojos riega en gota leve,
Cual lágrima en silencio derramada
Y á *pasados verdores consagrada.*

O ya la caida de podrida rama,
O el invisible desvelado grillo
Que por las sombras de la noche clama;
O el negro gavilán pico amarillo,
Que en agudo chillido á la hembra llama,
O el ruido semejante al del martillo
Del previsor y activo *carpintero*
Turbante de coral, pico de acero.

Cuán afanosas se hallan trabajando
Las aladas artistas sus graneros,
Audaces, sin respeto barrenando
A los próceres pinos altaneros;
Que está su gorro frigio proclamando
Ser de altas jerarquías y de fueros,
Grandeza y distinción tradicionales,
Eternos enemigos capitales.

¡De cuánta pompa y colosal belleza
Y majestad salvaje estás dotado!
¡Oh, bosque augusto de inmortal grandeza,

Oh, monte de centurias coronado!
En tu grandor de ruda gentileza
El sello de Jehová miro gravado,
Su eternal juventud y su opulencia,
Su inmensa magestad, su omnipotencia.

Crudos filos del hacha destructora
Mutilaron jamás tu lozanía,
Ni tu santuario holló planta invasora
Antes acaso, que la planta mía:
En tu intacta grandeza encantadora,
Como el Azteca Imperio fué algún día,
Bello i gentil, potente i altanero
Mientras sus hidras no lanzó el Ibero.

Desde el cenit ardiente el sol fulgura
Con el furor del *cáncer* abrazado,
Y apenas atravieza la verdura
Un rayo ante el follaje quebrantado;
Cual la ciencia en los senos de Natura,
Cual la historia en la noche del pasado;
Cual débil rayo que el sepulcro lanza
La antorcha celestial de la Esperanza.

Por asalto esas plantas ambiciosas,
A fueros de conquista aficionadas,
Han tomado las bóvedas verdosas,
Donde estienden sus hojas barnizadas:

Sus bejucos, cual sierpes horrorosas
En los añosos troncos enroscadas,
Se trenzan en las cumbres dominantes,
O en columpios descienden arrogantes.

Allí el maldraño yace comprimido
Con tan terrible y fuerte ligadura,
De *Laocoon* por sus hidras constreñido
Simboliza la horrenda desventura:
Allá un grupo en cadenas detenido
De libertad en lucha, es fiel figura;
Tiranos que de ajena savia existen:
Y pueblos que á tiranos se resisten.

¿Qué miro allá por medio al columnaje
Del Bosque espeso entre la sombra oscura,
En el oasis de luz, que cual celaje
En negra nube, clara la espesura?
¿Gigante colosal fiero y salvaje
De terrible y escuálida figura?
¡Ah, nó: que es ese brillo blanquecino,
Ruinoso tronco de jigante pino.

Cual terrible fantasma misterioso,
O lívido esqueleto descarnado,
Se levanta en la sombra silencioso
En pálido sudario entrapajado:

Tal parece en el bosque pavoroso
El muerto tronco por el sol blanquedo;
Gran trofeo del rayo en que se admira
De Jehová el rayo y el poder y la ira.

Como fué de gloriosa su carrera,
¡Oh, del bosque patriarca venerable!
Grande tu fin y estrepitoso fuera,
Bellamente espantoso y formidable;
Que quien mil veces de Aquilón se viera
Altivo triunfador incontrastable,
No rendirá jamás prócera frente
Sino el rayo de Dios omnipotente.

No tu marmórea base corroida
Por vil insecto fué, ni aleve muerte,
Cual la ala del molino precavido
En triste oscuridad pudo vencerte;
Ni tu diadema secular rendida
A los golpes se vió de acero fuerte;
Ni destino vulgar caber podría
En próceres de tu alta jerarquía.

Descendió á tí la muerte, atronadora,
En flamíjeras alas, fulminante,
Espantosa, sublime, aterradora
Lanzada desde el trono del Tonante:

En la diestra la sierpe abrazadora
Que muriéndose viene y retumbante:
Digna de augusta víctima enzalzada
Partió tu sien de siglos coronada.

Tu caida cual de Césares ha sido,
Cual de grandes imperios el fracaso;
Testigo del terrífico estampido
Miro tu gloria y tu esplendor y ocaso,
Tu pueblo de hoy de admiración cojido
De asombro y de terror, al rudo caso;
¿Más quién verá el vacío ya ocupado
Que tu grandor proclama derribado?

Estragos ya causó la ola de la hora
Que los curan los siglos lentamente:
¿Consume á un reino llama asoladora?
¿Se unde en la tumba genio prepotente?
Del terrible fracaso que deplora
El mundo largos siglos se recienté;
Dejándole el poder que se derrumba
Gran desierto, honda huella, triste tumba.

Salve, ¡oh sublime monte pavoroso,
Monumento á los siglos erijido,
Alcazar del silencio magestuoso,
Asilo de la paz, mansión de olvido.

De la meditación retiro umbroso,
Reino de soledad, de sombras nido,
Númen sublime, de sublime acento,
Que á la poesía das la ala del viento!

Mísero orgullo en tu profundo seno
Depone el oropel de su demencia,
Y aquí á tus piés de su delirio ajeno
Ríndese á colosal magnificencia.
Tu hondo silencio está de voces lleno,
Que proclaman de Diós la omnipotencia.
Callan bajo tu sombra las pasiones,
Tu soledad es tumba de ilusiones.

Generaciones mil con gran premura
A echarse en olvido habrán volado,
Sin que en tu altiva y áspera hermosura
Haya el tiempo sus hueyas estampado:
Y veces mil tu gigantesca altura,
Como la onda del mar se abrá aplanado,
Sin que al granito de esa roca dura
La guadaña terrible haya tocado:
Y á veces mil la roca ha de fundirse
Antes que nuestro globo haya de hundirse.

Y mil veces el globo será hundido,
Y disuelto en el éter impalpable,
Antes que el tiempo se haya confundido
En la honda eternidad inescrutable:

De su abismo sin fondo, el tiempo ha fluido;
Y á una señal de Dios inexorable,
Débele dovorar tarde ó temprano,
Cual devora los ríos el oceano,

¿Qué es, pues, el frájil ídolo de gloria?
Y sus ministros, víctimas, y altares?
El humo de su incienso, es su memoria;
Sus goces, son espuma de los mares;
Y el brillante laurel de su victoria
Cual la voz de mis débiles cantares.
¿Y qué es el róseo amor del mundo dueño?
Celaje de la tarde, hermoso sueño.

¿Qué del mortal el esplendor pomposo,
Las obras, la grandeza, el poderío?
Leve ceniza, polvo vagoroso,
Resvaladiza gota de rocío:
Lo que al fin del otoño, ¡oh bosque hermoso,
Ha de ser el verdor de tu atavío:
Deshechados despojos miserables
Al pié de tus encinas venerables!

LA ESTRELLA DE LA TARDE.

¡Oh! cuanto con los tristes simpatiza
Apacible lucero de la tarde,
Esa tu llama azul que apenas arde
Cual chispa moribunda entre ceniza!

El silencio y la paz buscas cual ellos,
Y la hora del crepúsculo sombría;
Y huyes, cual ellos, el rumor del día
Y del sol los esplédidos destellos.

Cuando muere su luz en Occidente,
Y enmudecen las aves en su nido,
Y la brisa del lago adormecido
Se alza y refresca el vespertino ambiente,

Aparece tu luz trémula y bella
En la celeste bóveda remota,
Cual cristalina lágrima que brota
De la pupila azul de una doncella.

Y cada tarde que esa estrella asoma
Al través de la niebla vespertina,
Halla en la luz fosfórica y mesquina;
Mi triste corazón un dulce idioma.

Por desifrar su místico sentido
Mucho tiempo hace que suspiro inquieto:
Siento que en ésa luz hay un secreto
A medias solamente comprendido.

¿Qué quieres revelarme? ¿Qué me dices
En tus destellos trémulos y fríos?
¿Pesares por ventura cual los míos?
¿También en tu región hay infelices?

¿Es tu esfera también valle de llanto
Donde el ángel caído se destierra?
¿Se ama y se sufre allá como en la tierra?
¿Hay consuelos allá para el quebranto?

¿Allá también el corazón resiente
Estos dolores íntimos, sin nombre;
Que jamás se hacen comprender á otro hombre
Y que en los astros buscan confidente?

¡Sí, lucero! tu luz dice sin duda
Pesar—ternura—amor—menlancolía;
Tú comprendes simpático la mía,
Y á ella respondes en tu lengua muda:

En ese dulce idioma que se aprende,
Cuando se intenta revelar en vano
Lo que nunca expresó lenguaje humano
Lo que el hombre escarnece y no comprende.

¡Cuánta doncella tierna y pundorosa
Te dijo así sus íntimos cuidados!
¡Cuántos ojos de lágrimas rasados
Se han fijado en tu llama misteriosa!

Cuando inocente en mi niñez te vía,
Mi confidente fuistes y mi amigo:
Mi corazón comunicó con tigo
Sus primicias de amor y de poesía.

Entonces por beber me aprasuraba
El cáliz de la vida hasta las heces;
Y descubrir en tí quise mil veces
El destino que el cielo me guardaba.

Hoy ya no te importuno ni me aflijo
Con tu silencio misterioso y triste;
Lo que tú revelarme no quisiste
Ya por mi mal, el mundo me lo dijo.

Eran en aquel tiempo mis deidades
La gloria y el amor; y revolvía
En delirio febril mi fantasía
Coronas y fantásticas beldades.

Hoy ya mi pecho ni ambiciona, ni ama,
Y al laurel de la gloria y á su aureola,
Prefiere los perfumes de la viola
Que las tumbas, abriga y embalsama.

Creía yo entonces contemplar en esa
Tu blanda luz, la estrella de mi vida.
Hoy solo espero que tu luz presida
La calma silenciosa de mi huesa.

Si en el mar de la vida pasajera
Tu luz desfallecida me ha guiado,
Cuando salte en el puerto deseado
Alumbra mi morada postrimera.

EL CISNE.

CANTO ALEGÓRICO Á LA MUERTE DEL POETA A. CHENIER, (1).

No niegue Apolo en su celeste lira
Un tierno acento á mi mortal gemido,
Que dolorido se lamenta y triste
Su infausto cisne.

Yo el cisne sacro del divino Apolo,
Del claro Iliso melodioso huésped (2),
Ahora en el césped de la verde marjen
Jimo doliente.

En lazo aleve con crueldad prendido
Exhalo, ¡ay Dios! mi postrimer lamento,
Y ni mi acento de ternura mueve
Al Hado impío.

No tengo el pico del sangriento buitre,
Ni la uña corva del rapaz milano,
Y áspera mano verterá mi sangre,
Sangre inocente.

(1)—Andrés Chenier, poeta francés, muerto en la guillotina el último día de las carnicerías revolucionarias.

(2)—Iliso-célebre río de Grecia.

Al níveo cuello la feroz cuchilla,
O al pecho manso la zaeta aguda
Se apresta ruda: saltará mi cuello
Teñido en púrpura.

Y silencioso las nevadas alas
Batiré apenas por instantes breves:
Las auras leves por la vez postrera
Su adiós reciban.

Mi carmín puro manchará tan solo
La que fué siempre inmaculada pluma,
De quien la espuma de las claras fuentes
Emula fuera.

No más las ninfas del undoso río
Saldrán festivas á escuchar mi canto,
Ni el dulce encanto adormirá la clara
Mansa corriente.

¡Divino río de la arena de oro!
A tu murmullo daba yo un suspiro,
Que en el retiro del recodo manso
Repita el risco.

Vosotros verdes y flexibles juncos,
Docel risueño de la linfa pura,
Vuestra frescura en la ardorosa siesta
Mi encanto fuera.

Vos, que escuchasteis mi sentido acento,
Oid ahora mi canción de muerte:
Llorad mi suerte, sollozad unísonos
Al blando céfiro.

¡Oh, Apolo! Envía tu celeste bando
De sacros cisnes de los picos de oro,
Que al almo coro de las nueve hermanas
Lleven mi cuerpo.

Y siempre tinta la fatal ribera,
Mi sangre agote su eternal verdura
Y desventura y maldición la envía
¡Oh, Dios de Delos!

LA PUBERTAD.

Franca, leda, festiva bulliciosa,
Te dejó la pasada primavera,
Galatea gentil!
Saltando cual cabrito en la pradera
O en pos de la pintada mariposa,
corriendo en el pensil.

Dulce niña: qué fué de tu alegría?
Bajo el olmo el columpio abandonado,
Ya no á mecerte vas:
Ya curarás si el viento es más osado
Si tus ondeantes velos alzaría
Línea menos ó más.

Y tu amable abondono, qué se hizo?
Tu abandono infantil tan inocente;
Dónde, oh niña, quedó?
¡Ya le dejaste en la primera fuente
Qué te hizo ver tu juvenil hechizo!
¡En la fuente se ahogó!

Que asientas ya el cabello descuidado
Con el agua del límpido arroyuelo,
Que atraviesa el jardín;
Sobre el seno te anudas limpio velo,
Y á la linfa consultas el tocado,
Que remata un jazmín.

Ya en paz dejastes tórtolas y nidos.
Ya no más con la falda á la rodilla,
Metida en el raudal,
Atrapas en tu leve canastilla
Pecesillos de plata revestidos
Que habitan el cristal.

Ya la mano recatas con cuidado
Que entre las del doncel abandonara
Tu angélico candor;
Y si él osa mirarte cara á cara,
Te echa luego su velo sonrosado
Solícito el pudor.

Ni ya más con la turba estrepitosa
En lindas noches de fulgente luna
Te place retozar;
Ya su alegre algazara te importuna,
Y al astro de la noche, silenciosa
Te agrada contemplar.

Buscas los apartados manantiales,
Amas la umbrosa soledad profunda,
La indolente quietud:
En dulce languidez meditabunda
Vagas bajo los frescos saucedales
Con muelle lentitud.

U oyendo de la tórtala el gemido
Y el sonoro rumor de la cascada,
Viendo el agua correr,
Allá en el río suspirar te agrada,
Sentada en el peñasco renegrido
Y lágrimas verter.

Por ignorado amor, violento late,
Amor anhela, por amor suspira,
Tu inquieto corazón;
(Que cada ser á su elemento aspira)
Como en el nido las alillas vate
Y aire busca el pichón.

Lágrimas te abren del amor la estancia,
Como que si sus dolores presintiera
Tu instinto de mujer:
De tus brazos escápase ligera
Y jugando se va la leda infancia
Para no más volver.

Hé allí de frescas rosas coronada,
De ilusiones alígera circuida,
La dulce primavera de la vida
La encantadora rósea pubertad.

Dormido el corazón ella sorprende
En el seno de cándida inocencia,
Y con lloro de ardiente adolescencia
Da el bautismo de amor á la beldad.

Ella, en alas de púrpura y de oro,
Manda sueños de amores á la niña;
La riza los cabellos, y la aliña,
Sobre la sien, le pone alguna flor.

En sus ojos enciende blando fuego,
Da encanto á sus miradas virginales;
La conduce á los claros manantiales
A mirarse en su espejo encantador.

Ella á la infancia sus juguetes rompe,
Ella al tierno pichón torna en paloma;
Dando al virgíneo cáliz blando aroma
Entreabre los capullos del pensil.

Ella ciñe al pudor sus róseos velos
Ella á la gruta del deleite, umbría,
Al ceguezuelo dios el paso guía
Bella como las tardes del abril.

Tal es la pubertad, como esas tardes,
Alianza encantadora de tristeza,
De exhuberante vida y de belleza,
De amor, de languidez y de placer.

Galatea jentil! Suspira, llora,
Riego es de pubertad tu dulce llanto,
Que de lluvia de abril tiene el encanto;
Cada gota, una flor hace nacer.

Tus suspiros, cual céfiro amoroso,
Aliento son de vida y lozanía;
La sombra que te anubla, todavía
No es la nube que entraña tempestad.

Nubes de abril no temas, tierno lirio,
Fuentes de frescas lluvias bienhechoras;
Teme sí cataratas bramadoras
Que romperá el invierno sin piedad.

Llora y suspira, y cuanto puedas goza
Ese pensil en que tu mente vaga;
Sáciate de ilusión, de amor te embriaga,
Goza todo tu abril encantador.

Que envuelto en nieblas, y con rayo en mano
Vendrá el invierno en olas de aquilones:
¡Ay, el velo de abril caerá en jirones!
¿Y qué será de tí, lirio de amor!

LA MAGIA DE AMOR.

De fieras poblado,
De rocas cubierto,
Había un desierto
De Libia el horror:
Ni céfiro amante,
Ni arroyo ni fuente,
Ni rama consiente
Ni espiga ni flor.

El lomo oprimiendo
De león africano,
Sus armas en mano
De oro y marfil,
Perdido entre rocas,
Cupido ahí andaba,
Por ahí le llevaba
Capricho infantil.

Saltando entre peñas,
Las cimas cruzando,
Abismos salvando,
El yermo le vé:
Las fieras, ya gachas
La cola y orejas,
Cual mansas ovejas
Le besan el pié.

Del hambre apenado,
De sed y fatiga,
La roca enemiga,
Solaz le negó;
Mas cuando se inflama
Con vida en el mundo,
Respeto profundo,
Tributo le dió.

Horrible pantera,
Con ascuas por ojos,
Que brillan mas rojos
Allá en el cubil,
Himplando en la oscura
Caverna horrorosa,
Cual madre amorosa
Ve al niño gentil.

Amor y cachorros,
Bajo ella tendidos,
Mamaron prendidos
Del seno voraz,
El róseo piecito
Lamiendo la fiera,
La mano flechera
La célica faz.

Del antro saliendo,
(El pecho aun ardiente)
De vívida fuente
Ansía el licor:
Y al rudo peñazco
De entraña más dura,
Le exige dulzura,
Tributo de amor.

Ya clava en la roca
La flecha dorada,
Y apenas clavada
Le baña un raudal;
Y fué desde entonces,
Desierto tan rudo,
De vida desnudo,
Mansión celestial.

Pintados rebaños,
Praderas floridas,
Zagalas garridas,
Amor de vergel,
Alegres cantares,
Risueños pastores,
Arroyos y flores
Encantan en él.

Con todos sus tigres
Y horribles panteras,
Con todas sus fieras
La Libia se vá;
Y vino la Arcadia
Con Pan y con Flora
Un templo allí ahora
Amor tiene ya.

—Así, linda Clori,
Tus ojos flecheros,
Me hirieron certeros,
Con dardo de amor;
Y dulce poesía
El pecho me inunda,
Que anima y fecunda
Un yermo de horror.

Mas aunque divina
La flecha dorada,
En llama templada
De lumbre inmortal,
No es menos punzante
Sangrienta y terrible,
No es menos sensible
La herida fatal.

Mal grado el tormento,
Tus ojos bendigo,
Y el dardo enemigo
Que me hace sufrir;
Pues cambio gustoso
Placer por dolores,
Más yo sin amores
No puedo vivir.

Amar es la vida,
Mi gloria y desvelo,
Y dicha del cielo
Cantar mi dolor:
Yo á Clori mis cantos
Dedico y mi lira,
Pues ella me inspira
Con magia de amor.

LA MUERTE DE UN NIÑO.

(Traduccion de A. Chenier.)

Apenas vió en el mundo la víctima inocente
La sola primavera á que la luz debió;
Un nombre, una memoria. un sueño solamente,
Una invisible imajen, fue de él cuanto quedó.

Adiós, endeble niño, que de entre nuestros brazos
Cual vaporcillo leve, volaste á la mansión
Cuya puerta ya rotos de la vida los lazos,
Si se abre cuando entramos, no se abre otra ocasión.

Asolando ciudades y campiñas poblando,
Coronado de espigas el estío vendrá,
En los alegres compos las mieses derramando;
Pero, ay Dios! el estío ya no te encontrará.

Ni el triste hogar paterno de que eras los amores
En desnudez amable te mirará gatear,
Ni la ninfa del Sena jugando con las flores,
De que al cristal nudoso la pudo coronar..

Tu carrosilla humilde, que por mano amorosa
Tirada por el prado poco há que se mostró,
El prado no más surca ni la playa arenosa;
¡Ya de allí para siempre su huella se borró,

Ni con dulces gorgeos tus labios sonrosados,
Ni tu infantil mirada de bella limpidez,
Indefinible encanto nos darán ni cuidados,
Pues sellólos la muerte con fría palidez!

Adiós hasta el sepulcro, por otra vez adiós,
Hasta allá donde todos nos hemos de seguir;
Donde tu triste madre de consuelos en pos
Sus celosas miradas empieza á dirigir!

LAS TARDES DE ABRIL.

¡Oh, que dicha es vagar porlas campiñas
Apagado el hirviente pensamiento,
En dulce libertad, al fresco viento,
Cuando toda la tierra es un pensil;
Y alegre el inocente conejillo
Con los truenos y lluvias tempraneras,
Gusta salir del soto á las praderas,
En las tardes bellísimas de abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,
De verdor, de armonías y de flores,
En que velan del sol los resplandores
Las nubes con suntuoso pabellón:
En que retumba en lontananza el trueno,
Cual voz doliente que exhaló natura,
Que se escucha con plácida tristura,
Que trae algún recuerdo al corazón.

Tarde en que, cual lágrimas de amores,
Ricas gotas despréndense del cielo,
Que refrijeran el sediento suelo,
Que al lozano verdor dan brillantez:
Tardes ricas de vida y de belleza,
De reclamos y trinos de las aves;
De frescas auras y de olores suaves,
Tardes de amor y muelle languidez.

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,
De diáfanos vapores y nublados,
De negros nubarrones perfilados
De oro y azul de espléndido arrebol;
En que trasciende la regada tierra,
De las rozas el humo al cielo sube,
Y se ve sobre el fondo de la nube
Caer la llama dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,
De escarlata el granado se salpica,
La pasionaria de verdor tan rica
Tiende á Flora fresquísimo docel;
Y la columna del esbelto dátil
Tapiza la *pitahaya* trepadora:
Con lujosos florones la decora
Pendientes del crinado capitel.

Tiene el prado su alfombra de azucenas,
Las auras enriquécense de aromas,
De tierno césped la llanura y lomas
La verde chilca de amarilla flor:
La madre tierra al fecundante arado
Sus campos cede ya, los más floridos,
Con sus lirios de púrpura vestidos,
Que á Céres sacrifica el Salvador.

En las rociadas copas de los árboles
Soñolientas las aves se adormecen,
A los pimpollos lánguidos se mecen,
De cuando en cuando y á compás igual:
Y si el nublado sol sus velos rasga,
Sos campos dora, la arboleda brilla,
Y una luz temblorosa es cado hojilla,
Destilando su gota de cristal.

Y el *plátano* sus lábaros tremola,
Sus anchos avanicos la palmera,
Y sacude la verde cabellera
El desmayado lánguido saüz;
Se ostentan las frondosas *floripundias*,
Que cual ebúrneas campanillas penden
De albura ricas y de olor trascienden,
Y el *trébol* y las *flores de la cruz*.

Y en balsámicas ráfagas envía
Blanda esencia más blanda que la rosa,
El melífluo silvestre *suquinay*;
Y el colibrí de lindos tornasoles
De flor en flor revuela susurrando,
Y en torno de ellas con rumor más blando
Mil abejillas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos
Que de la tierra humedecida brotan;
Caen, vagan, se agitan, se alborotan
En mil revueltas, con susurros mil;
Y con rudos conciertos los reptiles
Aturden incansables los pantanos,
La fresca lluvia saludando ufanos,
Festejando el regreso del abril.

Seguido de su lúbrico serrallo,
Con marcial arrogancia y donosura,
Trota el joven sultán de la llanura,
El alazán de belicoso ardor;
La grey balando por la verde falda
Baja en tropel al són del caramillo,
Y el estropeado tierno corderillo
Bala también en brazos del pastor.

El ganado tapiza el verde césped,
Los montes atronando brama el toro;
Su voz los ecos, cual clarín sonoro,
De monte en monte repitiendo ván;
Y enarbolando las pintadas colas
Saltan los becerrillos por los prados,
Y otros balar se escuchan encerrados
Y á las madres mujir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*
Silva la codorniz, canta el jilguero,
Y á las nubes saluda el clarinero,
Esponjando el plumaje de turquí.
¡Con qué ternura los cenzontles trinan!
¡Cuán blandos se querellan y se duelen!
Ya en la arboleda lamentarse suelen,
Ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando,
Que esos tiernos alados trovadores,
Las silvestres palomas sus amores,
Repitiendo: "mi amor sólo eres tú:
Y con inquieto afán y amante anhelo,
Perdidas en lejanas soledades,
Responden las tiernísimas mitades:
—"*Mi amor sólo eres tú! ¡Sólo eres tú!*"

Himno de amor, divino epitalamio,
Del pomposo himeneo de Natura,
Es el abril la rica galanura,
Fiesta nupcial de la inmortal Creación:
Lira de Dios, modelo de belleza,
Que admira el vate y remedar no sabe,
Porque en su lira no hay la voz del ave,
Ni es aura del vergel su inspiración.

¡Oh, qué dicha es vagar por las campiñas
En dulce libertad, al fresco viento,
Y apagado el hirviente pensamiento,
Tanta fiesta gozar, sólo gozar!
¡Oh, cuán ledo á su choza el pastorcillo
Por lluvia del abril vuelve bañado,
Pensando lo que piensa su ganado!
¡Oh, qué dicha, qué dicha es no pensar!

LA MUERTE DEL JUSTO.

Adormecido el justo en su postrero sueño
Deslízase á la tumba sin pena ni ansiedad:
Con la paz en el alma, con el labio risueño,
Ve abrirse los espacios de la honda eternidad.

La noche del pasado, de entrañas tan fecundas,
En pálidos espectros que ajitan con furor
Sus crines erizadas de sierpes iracundas,
No aborta para el justo sus sombras de terror.

Cual alegre viajero que al fin de la jornada
Las simas por dó anduvo en lontananza vé,
Así echa por la vida el justo una mirada
Cuando en su último linde logró poner el pié.

El terrífico jesto no tiene del malvado,
Ni la espumante boca, ni el hórrido estertor,
Ni el revolverse inquieto del uno al otro lado,
Los dientes recrujiendo, bramando con horror.

Ni el sello maldecido del réprobo en la frente,
Que vibra por los ojos las llamas de Belial, (1)
Ni la blasfemia inmunda ni el furor impotente
Del que oir ya le parece risotada infernal.

El cabello á la vista del réprobo se eriza
Ya inerte con los ojos cerrados á la luz,
Crispada mano mueve que alguno galvaniza
Para apartar la imagen del Dios sobre la cruz.

Ni las férvidas preses del sacerdote santo,
Ni el agua bendecida, ni el óleo de salud,
Ni el consagrado sinò conjuran el espanto
Ni calman del presito tan hórrida inquietud.

---

(1)—Belial, ó Baal. Según algunos: ídolo de los Fenicios adorado en Sidon. Según otros: es el demonio, genio del mal.

Hijo de Caín: yo aparto mis ojos por no verte
Convulso entre las garras sangrientas de Luzbel,
Y veré cual recoje el ángel de la muerte
Las últimas sonrisas de una boca de Abel!

¿Qué escucha el escojido, qué mira el que presiente
Al romperse la liga del barro mundanal,
Cuando dulce sonríe su labio balbuciente
Cuando su faz refleja un rayo celestial?

Con alas de oro y nieve de deslumbrante albura
Su lecho cobijando ve al nuncio del Señor,
Que cual amante madre le aduerme con ternura,
Y al oido le desliza sus cánticos de amor.

"Ven alma que cautiva, la dice, tu cadena
Arrastras por el polvo del terrenal confín:
El tiempo se ha cumplido de la mansión terrena
Y aguárdate el esposo para el nupcial festín.

Del Parácleto Santo humilde mensajero,
A sacarte he venido del valle de aflicción,
A llevarte en mis brazos al orbe postrimero
Cimiento de diamante de la celeste Sión.

Allá donde sus plantas el hijo de María
Cual polvo luminoso los ástros vé brillar,
Do en olas infinitas de luz y de armonía
Del alma es el Parácleto, el néctar y el manjar.

No cures si á tu estirpe no legas por herencia
El fausto del orgullo ni el oro corruptor,
Ni ruidoso renombre que aclama con demencia
El engañado mundo, el mundo engañador.

Tu bendecida prole más pingüe dón alcanza
La Cruz del Nazareno, su amor y su humildad.
Pues que los orbes todos de Dios en la balanza
Son menos que una lágrima de ardiente caridad.

Ven alma que cautiva en mísera cadena
Te arrastras por el polvo del terrenal confín:
El tiempo se ha cumplido de la mansión terrena
Y aguárdate el esposo para el nupcial festín.

¡Oh, esposa fiel, que anhelas castísimos amores,
Abraza ya á tu amante, carísima mitad!
Paloma que en la jaula arrullas tus dolores,
Recobra ya en los cielos tu ansiada libertad!"

Tal dijo: consumando el fúnebre misterio,
El nudo con sus dedos de rosa desató,
Que el alma retuviera en triste cautiverio,
Y el vuelo hácia el Empíreo con ella remontó.

DOLOR Y CONSUELO.

Si vino ya la pálida tristeza
Y deshojó la juvenil guirnalda,
Cayó á pedazos tu mortal belleza,
Y amor burlando te volvió la espalda.

Un pensamiento reinará en tu mente,
Irrecusable, tétrico, tirano;
Con férreo cetro oprimirá tu frente,
Y á sacudirlo probarás en vano,

Como sacude la infeliz gacela
Con gran dolor y malogrado intento,
Agudo dardo que expulsar anhela,
Prenda fatal del cazador sangriento.

Tu amor en tanto tu existencia olvida
Ingrato el hombre que en amor te inflama:
Con lentitud consumirá tu vida
Aislada y triste en silenciosa llama:

Llama letal de tu feroz martirio,
De pálidos siniestros resplandores,
Que cual la luz de funerario cirio
Tan sólo alumbra de la muerte horrores.

Tus tristes días y tus noches largas
Alternarán en uniforme tedio:
Hondos suspiros, lágrimas amargas
Ya no darán á tu dolor remedio.

Lloro de amor en la naciente arruga
Sólo ha del mundo la insultante risa,
No el blando beso del amor la empuja
Como al pensil el beso de la brisa.

Y ver quisieras trasponer el monte
La luz del cielo que al dolor ofende;
Pero cuán lento para tí Faetonte
A su palacio de cristal desciende!

Talvez porque oye tu mortal gemido
Creerás la noche á tu dolor más pía,
O porque rompe el lloro comprimido
Los rudos diques que le puso el día.

Mas ya las sombras de espantosa calma
O bien la luna con su faz serena
Más cruel memoria evocará en tu alma
Del bello Adonis, corazón de hiena.

Y si del tiempo la corriente arriba
Subes en alas de rosado ensueño,
Soñando amores que tu labio liba
Entre los labios de tu caro dueño.

Bajo el florido bosquecillo umbroso,
Templo de amor donde adorada fuiste,
De hiedra y rosas y jazmin frondoso,
Que ya tan sólo en tu memoria existe.

Mas descarnada, tétrica y odiosa
La indeclinable realidad te aguarda,
Tirana y cruel de tu ilusión celosa
Que al dulce ensueño en devorar no tarda.

Y ya á su voz abísmase el santuario,
Cantos, florês, delicias, amorcillos;
Y despiertas en lecho solitario
Al triste canto de nocturnos grillos.

Y el blando lecho agitaras, volviendo
De uno á otro lado cual si hubiese abrojos,
La frente en ascuas y la sangre hirviendo,
Manando en llanto los ardientes ojos;

Hasta que al fin del nido se levante
Dejando en él á su mitad querida
El pajarillo que á la aurora cante,
La pluma sacudiendo humedecida.

Mas cuando al día redimirte plugo
De los tormentos de la noche adusta,
Sustituyendo á tu feroz verdugo
El férreo peto al corazón te ajusta.

Para tí el día de explendor cubierto
Es cual su hermana de luctuoso manto:
Naturaleza cual cadáver yerto,
Honor derrama su divino encanto.

Y en el delirio que el dolor inspira,
Las turbias ondas tu pasión invoca
Donde la Lesbia de sensible lira
Ahogó el gemido de su dulce boca.

Ni oirá la muerte su incesante ruego,
Ni así el dolor de sanguinaria garra
Saciada deja su crueldad tan luego:
Fibra por fibra el corazón desgarra.

Y de su presa cual feroz arpía
La sangre liba, lame y saborea,
Y en su ronco estertor y en su agonía,
Y en sus convulsas ansias se recrea.

Amor, beldad, placeres, ilusiones!
¿Quién por tan febles rosas necio llora?
Flores que barren crudos aquilones
Que hórrido invierno sin piedad devora.

Bello pensil de encanto fementido,
Que exala en suave olor letal veneno;
De horribles sierpes en cubierto nido,
Que á la incauta mujer roen el seno.

¡Oh vive, sí, que la virtud amores
Tiene también, que la traición no enluta,
Que no pusieron áspid entre flores,
Ni en cáliz de oro la mortal cicuta.

Y rosas tiene de divina esencia
Y de fresco verdor inmarcesible
Que sembradas en tu árida existencia
Alegraran tu corazón sensible.

Entre sus brazos la virtud te espera:
Pondrá ella en tu alma, vida y energía;
En tus labios, sonrisa placentera;
Sobre tu frente rayos de alegría.

¡Oh sí, dulce mujer, tiende la mano
Al escuálido, mísero mendigo:
El fardo haz leve al encorvado anciano,
Da al huérfano inocente suave abrigo.

Amable acude al angustioso lecho
Donde tu hermano moribundo gime,
Bálsamo de salud vierte en su pecho;
Del Dolor y la tumba, le redime.

Busca á las tiernas víctimas del hado
En que el pesar dejó sangrientas huellas,
Tú en cuya alma también él se ha cebado,
Tú también infeliz, llora con ellas.

Ahoga en tu llanto su dolor impío
Y libre tu alma quedará de angustias,
Que el lloro de piedad, es como el río
Que torna edén las soledades mustias.

Edén que brinda encantador consuelo
A tu alma tierna, fervorosa y casta,
Que no de ingratitud marchita el hielo
Porque á sí mismo la virtud se basta.

EL COLERA.

¡Piedad, piedad Señor! Al ruego atiende
De este débil mortal atribulado:
Tú, que mis penas miras,
A mí tu mano extiende,
Gracia dame ante el ángel de tus iras.
El brazo enhiesto de venganza armado,
La ira celestial en el semblante,
Envuelto en parda nube el aire hiende:
Al pálido terror manda adelante
Cual fatal mensajero,
Muerte anunciando por el orbe entero:
A todas partes lanza
La celeste venganza:
De Sur á Norte, de Levante á Ocaso
Fulmina de tus iras las centellas;

Son montes de cadáveres las huellas
De su fúnebre paso.
¡Ay, ay! ¿Qué fué de aquellas
Libiandosas ciudades,
Entre los brazos del placer dormidas,
Sus ya ajadas guirnaldas desceñidas?
Despertáronse mustias soledades
Y regiones desiertas,
De corrupción y fetidez cubiertas,
Cebo de lobos y chacales fieros,
De águilas y de buitres carniceros.

Señor: aun se halla lejos de mis puertas,
Y héme á mí ya temblando cual la espiga
Ante la hoz del cegador impío.
No á la hoz enemiga
Entregues esta mies, Señor, Dios mío;
Porque granada está, y de su jugo
Nutrise ha todavía el tierno grano.
A tu bondad no plugo
Que el rendido banano
Al peso del racimo se tronchase,
Sin que feliz mirase
La prole en torno suyo ya crecida
Por su amorosa sombra protegida:
Ni tu bondad consiente
Que cordera inocente
A los filos perezca del cuchillo,

Dejando en horfandad al chiquitillo
De la teta pendiente;
Ni que sea del nido arrebatada
La clueca á sus hijuelos,
Que el enjambre cobija de polluelos
Bajo el ala esponjada.
¿Y yo he de dejar mi pobre amada?
Me arrancará, buen Dios con brazo fiero
De mi nido de amor tu mensajero?
¿Y en mi lugar ya frío
De amante padre y tierno compañero,
Mis inocentes hijos y mi esposa
Verán el rostro impío
De horfandad horrorosa?

Sabes que no á la vida
Engañoso deleite me encadena;
Que es fecunda en abrojos tierra ajena,
Y cual hiel desabrida:
Que es mi sola dulzura
La entrañable ternura
De estos que ves dulcísimos polluelos;
Bellas perlas de amor y de inocencia,
Tesoro celestial de tu clemencia,
Objetos de mis ansias y desvelos.
Hélos aquí, Señor; cual Soberano
Dueño de cuanto has hecho,
Cumple tu voluntad, rasga mi pecho

Y yo llorando besaré tu mano,
Que ya de él arrancara en crudo día
La más cara y preciosa entraña mía.
Piedad, piedad ahora:
Hélas aquí, buen Dios: hé aquí el grano
Por quien la espiga tu clemencia implora.

Hijas del desterrado vagabundo,
A humilde oscuridad predestinadas,
Lejos de las miradas
Del desdeñoso mundo,
Un tiempo, para tí sean acaso,
De incienso y mirra delicioso vaso.
Que acaso en lo remoto
De inaccesible roca
A la más bella flor nacer le toca.
Sólo de tí sabida
Y sólo á tí ofrecida
Por el desierto ignoto.
Dales tus bendiciones,
¡Oh, Padre celestial que bendijiste
A Israel y con tu escudo le cubriste
En tierra de *Faraones:*
Y cuando el ángel, de tus iras lleno,
Se acerque á mi morada,
Esconde entre tu seno
A éste tu gusanillo y á su amada.

¡Oh, que una sóla cuerda fuera mía,
Del arpa del Profeta!
Más si muestras tu faz risueña y fría
A la plegaria del cuitado poeta,
De áspera voz y opaca fantasía,
Que el hálito empañó de las pasiones;
Y tu alta Providencia
Me diera la inocencia
Que eleva hasta tu trono las canciones,
Como el alba süaves,
De inmaculadas aves;
Unísono á tus dulces avecillas
Cantaré ¡oh! Jehová! tus maravillas!

LA NOCHE.

Melancólico rueda y silencioso
Por las frías llanuras celestiales,
Un enlutado carro majestuoso,
Tirado por vampiros colosales.

Bajo su solio de sublime duelo,
De fúlgidos diamantes tachonado,
La faz cubierta de sombrío velo,
Gobierna una deidad el carro alado.

Tan negros como él, y como él bello,
Lleva sobre los hombros esparcidos
Los ondulantes húmedos cabellos,
Que rosan el crespón de sus vestidos.

De ébano empuña el cetro soberano,
La diestra con que rije el vasto imperio,
Y los pliegues descubre la otra mano
Del manto con que cubre el hemisferio.

Es la Noche, á sus lados van el Sueño,
Y el Silencio que grato le provoca;
Aquel, con sus guirnaldas de beleño,
Y este otro, el dedo en la discreta boca.

Quién es, oh, Noche el mortal
Que no se postra rendido
Bajo tu cetro de olvido
Ante tu trono glacial?

La erguida cabeza inclina
Naturaleza hasta el suelo,
Cuando tu carro de duelo
En las esferas domina.

Estingue su luz hermosa,
Sus ricas galas esconde
Y á tu dolor corresponde
La lobreguez silenciosa.

Duerme la anchurosa tierra,
Duermen los celestes prados,
Duermen los vientos alados
En la tenebrosa sierra:

Duermen los poblados mares
En las playas solitarias,
Y duermen sus tribus varias
En sus cabernosos lares;

Y duerme todo viviente
En su solemne misterio.
¿Quién tiene bajo tu imperio
Oh, Noche, erguida la frente?

Las míseras pasiones, cuán en vano
Dementes se revelan contra tí!
Tus sombras vencen su delirio insano
Su ardiente frenesí.

Vela el placer en turbulenta orjía,
Vela el amor circuido de ilusiones,
Y las Zelas en férvida agonía
Y horribles convulsiones.

En vela la Avaricia macilenta,
A la mezquina luz de su candil,
El contado tesoro otra vez cuenta
Y otra vez mil á mil.

El odio vela, y la feroz venganza
Aguzando su pérfido puñal,
O tegiendo la red de la asechanza
En que caerá un rival.

Y la altiva Ambición vela soñando
En los falaces lauros de victoria,
O en los áureos alcázares del mando
De mentirosa gloria.

Vela sí, más destruida su enerjía,
Ya del alba el lucero refulgente,
No alcanza á ver la luz de su bujía
Ni su pálida frente.

Vélas como ya vencidas
De una en una van cayendo,
Mira cómo van rindiendo
La cabeza soñolienta.
Sobre su arca férrea cae
Que la inquieta y la desvela,
(Como cae un centinela)
La Avaricia macilenta.

Amorcillos afanosos,
Aterridos por el frío,
Empapados en rocío
Sueltan ya la ruda aljaba.
Y plegando las alillas
En sus cunas olorosas,
Entre nardos y entre rosas
Su insesante afán acaba.

Y á la furia que más vela
Bajo el azul de los cielos,
Esa furia de los celos
Encerrada entre cerrojos;
Al fin cae ya postrada
Bajo el cetro del olvido;
Duerme atento el fino oido
Sin cerrar jamás los ojos.

Buenas noches, y la mano
Dale falsa la Ambición
A su hermana Adulación,
Y va á hundirse en muelle lecho,
Y talvez rabiosa furia
Sin piedad le roe la alma,
Pero en breve ya tu calma
Se apodera de su pecho.

Desarmado cuelga el brazo
De la pérfida venganza;
También á ella el sueño alcanza
Allí caido está el puñal:
Y en sedosa alfombra yace
De sus galas desceñida
El placer descolorido
En la orjía bacanal.

¿A quién encuentra fatigado el día
Deseando ansioso su primer ablor?
¿Para quién fué la noche una agonía
Lenta y temible llena de dolor?

¿Y quién lanza sus sierpes róedoras
Al ya violado lino conyugal,
Y las furias evoca aterradoras
En derredor de un lecho criminal?

¿Quién brama entre el olan y los damascos
En el soberbio alcázar del poder,
Cual las olas que azotan los peñascos
Braman sin que les puedan conmover?

¿Quién puebla las alcobas perfumadas
Donde se agita mísera opulencia
De sombras, de terror ensangrentadas
Que acusan sin piedad á la conciencia?

Mírale, oh, Noche, en su feroz tormento,
Torbo el mirar y pálida la faz;
Es él, el infernal *Remordimiento*
Que en vano corre tras la ansiada paz.

Mira, cómo sus sierpes horrosas
Holladas por tu carro rutilante
Entrelazan sus miembros más rabiosos,
Y el corazón le roen palpitante.

Vedle, dejando el lecho del reposo
Vagar á orillas de dormida mar,
Cuando el mundo descansa silencioso
Y ni las auras se oyen suspirar.

Héle allí entre las rocas cenicientas
Cual fantasma en tus sombras-evocada,
Desde el peñón que baten las tormentas
Echar á la honda fúnebre mirada.

Huye de tí, del mundo y de sí mismo,
Y á doquier lleva el corazón sangriento:
Allí bajo sus pies tiene el abismo,
Allí le impele insano pensamiento.

El cuello inclina y con espanto mira
(Un pié adelante) los profundos mares;
Convulso se estremece y se retira,
Llega el alba y no alivia sus pesares.

¿A quién, oh, Noche amarga, tu luto no da espanto?
Quién oye en tu silencio y se complace en tí?
¿Quién en tus sombras mira y halla en ellas encanto
Olvidando del mundo el ciego frenesí?

Quién deja el puro lecho y su muelle reposo
Y su cándida toca de lino virjinal,
Por tu docel oscuro, por tu manto luctuoso
En que allí ves envuelta á una diosa vestal?

Allí entre de las tumbas del yermo cementerio
Se sienta silenciosa bajo letal ciprés,
A interrogar las sombras á leer en tu misterio
En tu sublime calma y augusta lobreguez.

Al lado de un sepulcro está Sabiduría
Con su noble semblante, su divino mirar,
Y sobre el duro mármol quedó Melancolía
Durmiendo el triste sueño de un íntimo pesar.

Sólo el lúgubre canto del ave favorita
El sagrado silencio se atreve á interrumpir,
En que enuvelta la diosa en arcanos medita
Que al mortal fué vedado por siempre descubrir.

Tu sombra, es luz para ella; oh, Noche majestuosa!
En tu inefable calma encuentra su placer,
Tras el oscuro velo de tu faz misteriosa,
Tus modestos encantos solo ella pudo ver;

Porque en su ser eterno exento de pasiones,
Su mirada es profunda, celeste y divinal,
Porque no la rodean falaces ilusiones
Que estravían la mente del mísero mortal.

Mortal envilecido, menguado y miserable
De ciega inteligencia, lanzarme no oséyo
Al misterioso abismo, profundo, inescrutable,
Que omnipotente mano en tu seno encerró.

Mas entre el sacro duelo de tu sombrío manto
En religioso asombro yo admiro tu poder,
Tu silencio sublime y tus misterios canto,
Oh magestuosa Noche, en que envuelves mi sér.

A éste sér tan cuitado entre tu seno abriga,
Aleja de su lecho los sueños del terror;
Y en esta alma doliente derrama, Noche amiga,
Basálmico beleño, calmante del dolor.

A MI GALLO.

¡Oh canta, canta al fúlgido lucero,
Joya del alba y de la noche orgullo,
Tú, de mi humilde hogar canoro huesped,
De la mañana y del lucero nuncio!

¡Oh! canta, sí, que en mi febril desvelo
Escucho con placer tu acento agudo,
Yo que cual triste moribunda lámpara
En mísera dolencia me consumo.

El mustio sueño, de la muerte imágen
Reina entre sombras de espantoso luto,
Y apenas alentar la vida siéntese
Entre vagos y débiles murmullos:

Y son entónces tus sonoros ecos
Prenda de vida para el triste mundo,
Voz de consuelo y de esperanza cántico
En el silencio pavoroso y mustio.

Talvez á esta hora en la vecina sierra
Bajo glacial escarcha vagabundo,
Oyó el viajero tu lejano canto
Y aliento cobra, y esperanza y júbilo.

Que así te escucha como vió el piloto
En borrascoso mar el faro lúcido,
Porque tu acento hospitalario,
Revélase del valle en lo profundo,

Antes que en los abismos de la noche
Perciba en lontananza un leve punto
Que brilla y palidece por instantes,
Y es de la choza el fuego moribundo;

Muy ántes que ladrando se despierte
De sus pisadas al rumor confuso,
El mastín, que tendido en los umbrales
Guárdalos fiel de forzador injusto.

Tu acento en la alta noche redoblando,
Porfiado evocas de su caos profundo
A la tardía perezosa estrella
Que duerme aun bajo del Oriente turbio.

¡Oh, yo en mi lecho desvelado, enfermo
Con qué placer tus cánticos escucho,
Cuando me anuncian á la mable aurora,
Viniendo en pos de su lucero fúglido;

Y la hora en que los astros desvanécense
A la mitad de su brillante curso,
En que á bullir la rumurosa vida
De nuevo empieza sobre la haz del mundo;

En que á la ruina pavorosa y lóbrega
Va á sepultarse el agorero buho,
Y en mi febril cerebro apaga
Este abrasante delirar nocturno.

¡Oh que del alba, mi canoro huesped
Yo en mis febriles versos te saludo!
¡Salve, oh cantor amigo, que diviertes
Mi eterna noche y mi dolor adusto!

Canta, y el aura tus acentos lleve
Del ancho valle á los confines últimos,
Y ella me traiga los lejanos ecos
Que á tu acento responden de uno á uno;

Cual centinelas de sitiado campo
Que vigilando el reforzado muro,
Con ronca voz en el espacio enlazan
De trecho en trecho sus alertas rudos.

¡Oh canta, canta, y de placeres llena
Tu vida corra sin pavor ni susto,
Gentil, galante, enamorado y fino,
Señor de tus serrallos absoluto;

La frente de adalid irguiendo altivo,
Armada en guerra con crestón purpúreo,
A placer desplegando la ancha gola,
De caballero paladín al uso;

Luciendo ufano con marcial donaire,
El tornasol plumage verde-oscuro,
De la profunda cauda en que campean
Corbas las plumas como alfanges turcos;

Que por caso feliz hubiste dueño
En cuya alma jamás albergue tuvo
El bajo y vil y carnicero instinto
Que abrigan de tu raza los verdugos.

No temas, no, que en rudo cautiverio
Te encadene jamás á poste rudo,
Ni que infamante hierro te degrade
De soberbio sultán á vil eunuco;

Ni que armas preste á tu índole guerrera
Para sangrienta lid contra los tuyos,
Ni que el circo teñir tu sangre mire
En algazara soez villano vulgo.

¡Oh! canta, canta desde el olmo amigo,
Y desde el tronco del ciprés vetusto,
Que en dulce unión sus ramas entrelazan
Y sombra dan á nuestro albergue rústico.

Canta feliz la magestuosa noche
En su estrellado pabellón cerúleo,
Su láctea vía de menudo aljófar,
Del carro de Jehová celeste surco;

Su triste luna descendiendo lánguida
Detrás del monte silencioso y mustio,
Extinguiendo entre sombras melancólicas
El macilento rayo moribundo;

Como en las sombras de la muerte apaga
De la belleza los reflejos últimos,
Virgen que en flor desfalleciendo inclina
La frente pálida y los ojos turbios.

¡Oh! canta, canta á la tardía estrella,
Joya del alba, y de la noche orgullo;
Y en más sonoros y argentinos cánticos,
Saluda luego al matinal crepúsculo.

Y canta en fin á la jovial mañana,
Cuando renazca en el oriente rubio;
Y el céfiro liviano al cielo eleve
El hosana magnífico del mundo!

LA ORACION DE LA TARDE.

Padre del día, en los mares
Va á sumergirse la antorcha
Que en señal de amor, al mundo
Dió tu mano bienhechora.
Nubes de esplendente nácar
Circundan con varia pompa
La fuente de luz que el cielo
Con pálidos rayos dora.
De Oriente, lentas se esparcen
Con paso incierto las sombras,
Callan las aves, los vientos
Cesan su trisca sonora.
Al céfiro se apercibe
Naturaleza: las rosas
El cáliz virgíneo inclinan
Y blandamente se doblan.
Y tú, desde el encumbrado
Solio que el zenit corona,
De la gran máquina riges
La marcha majestüosa;
Tú de los hondos abismos
Pueblas la extensión remota
Con legiones esplendentes
De destellos de tu gloria.
Tú la tiniebla iluminas

Con luz sideral; tú firmas
Esos desiguales grupos
Que las esferas adornan.
Salud, Bienhechor supremo:
La mente, humilde, te adora
Cual origen infinito
De esa armonía asombrosa;
De esas inmudables leyes,
De esa atracción que eslabona
Los mundos sin que su enlace
La mano del tiempo rompa.
Salud, Protector divino:
De la vida no desoigas
A quien tus almos decretos
Bendice y tu amor implora.
Y, pues el día fenece
Y se ennegrecen las zonas,
Y en las esferas domina
La oscuridad pavorosa,
Proteje al hombre infelice
Y el fiero puñal embota
Que le apercibe implacable
La enemistad vengadora.
Duerme libre la inocencia
Sin que alcance la ponzoña
De la calumnia al asilo
Donde indefensa reposa.
Cubre con alas benignas